

UNA DE ROMANOS...



Como en todos los lugares donde se asientan los humanos el valle del Lacio era un idílico paraíso (ya no) con excelentes condiciones para la explotación agrícola y ganadera, además de ser un importante puerto marítimo natural que favoreció la exportación de los productos autóctonos.

Los humanos allí asentados procedían de antiguos pueblos indoeuropeos que acabaron configurándose con ciertas características propias definiéndose así (según ellos) por encima de unos vecinos incapaces, los muy inútiles, de hacer cosas históricamente tan maravillosas como incinerar a sus muertos o inventarse *praenomen* y *nomen* para llamarse entre ellos.

Al margen de Roma, los poblados más importantes del Lacio fueron Preneste, Tibur, Babii y Alba Longa. Todas ellas eran aldeas de un puñado de personas dedicadas a la agricultura hasta que a los de Roma les dio por ventilárselo a todos y apropiarse de sus tierras.

De la fundación de Roma existen muchas leyendas (que si los griegos, que si un hijo de **Ulises**...) pero lo realmente sólido de todo esto es que las ciudades del Lacio no surgieron en un solo momento como consecuencia de un acto fundacional, sino que todas fueron el resultado de un lento proceso de formación descartando, por absurdo, lo de la loba amamantando a un tal **Rómulo** y a su hermano.

Pronto no tardaron en aparecer los cultos griegos en la península dispuestos a poner sus culos en cualquier sitio susceptible de convertirse en emplazamiento para la obtención de pingües beneficios. Fue así como los lacios descubrieron asombrados que existía una cosa llamada alfabeto, árboles que daban aceitunas y la congestión urbana de la que, por cierto, aún no se han librado.

Pese a tanta innovación los autóctonos supieron definirse como un espacio social y económico relativamente independiente con otras preocupaciones más mundanas como la de liarse a guantazos con los sabinos, para apropiarse de sus recursos salinos, o con los volscos.

Y mientras tanto, en el norte de la península se estaba configurando otra cultura, un tanto más curiosa, en torno a varias ciudades con cierta autonomía y gobernada cada una por su *lucumón* correspondiente. Eran los etruscos. Unos tíos aficionados a los sacrificios humanos, que iban de “pitonisos hepáticos”<sup>79</sup> y muy dados a lo religioso como recurso intelectual (pobre, pero recurso) para tratar de entender tanto misterio de la naturaleza.

Pero ni los recursos intelectuales ni tanto hígado desentrañado lograron impedir que se les echaran encima los sabinos (les ocuparon la Campania) ni que los celtas les reventaran la confederación etrusca del valle del Po a finales del siglos V adC.

Pese a que a los etruscos hay que agradecerles ciertas cosas lo que no hay que asignarle es la fundación de Roma ya que, como se ha reseñado, siguieron recorridos existenciales completamente distintos.

Roma tampoco es cosa troyana, como se empeñan en señalar algunos historiadores, y tanta teoría sobre su origen no es más que el producto interesado de determinadas familias en autoproclamarse “importantes” aprovechando que la invasión gala destruyó, en el siglo II adC, todos los archivos y documentos sobre sus primeros siglos de existencia.

De lo único que estamos seguros, según los pocos datos científicos con que se cuenta, es que existió una primera forma

---

<sup>79</sup> O sea, que decían que leían el hígado a los animales para adivinar su porvenir (el de ellos, no el de los animales que ya estaba claro).

de organización romana basada en la monarquía y que la lista canónica de los siete primeros reyes de Roma fue: **Rómulo, Numa Pompilio, Tulio Hostilio, Anco Marcio, Lucio Tarquinio Prisco, Servio Tulio y Tarquinio el Soberbio.**

Según un tal **Varrón** (historiador él) la fundación de Roma puede situarse perfectamente en torno al 754 adC, con unos reinados sucesivos de aproximadamente treinta y cinco años.

Esta tradición, parcialmente documentada y el resto imaginada, señala que el primer rey fue **Rómulo**, hijo de Marte quien, después de fundar la ciudad, buscó con ahínco incrementar el número de sus súbditos por dos hábiles y sencillos procedimientos: abriendo un asilo/refugio sobre la colina del Capitolio para albergar a las gentes marginadas de otras comunidades y raptando a mujeres sabinas para incrementar la población autóctona.

Por mor de tanta sabina fecunda los sucesores de los “rómulos” fueron, evidentemente, tiernos infantes sabinos como **Numa Pompilio, Tulio Hostilio y Anco Marcio.**

Más tarde, y siempre según ciertas leyendas, se produjo la anexión de una tercera colina, a la que se supone que se retiró **Remo** el hermano y rival de **Rómulo**, a pasar sus últimos días.

El progresivo incremento de tierras en torno al núcleo principal sobre el que se asentó este último muchacho (llegó a controlar las siete colinas de la zona) recibió el nombre del Palatino, motivo por el cual algunos historiadores prefieren no llamar a **Rómulo**<sup>86</sup> primer rey de Roma sino, en todo caso, “Rey del Palatino”.

---

<sup>86</sup> Por cierto, de origen albano.

Salvando este pequeño matiz nominal lo que no puede negársele es cierta capacidad legisladora al ser capaz, él solito, de crear los principales órganos de gobierno: el Senado y las Curias.

Pero como sucede en cualquier sociedad a estudio la figura del rey queda relativizada en beneficio de

alguna clase dirigente que lo coloca allí y hacia la que debe dirigirse la mirada para comprender las tensiones existentes en su seno.

En este caso se trata de las *gentes*, o grupos familiares extensos, que impusieron sus criterios y fueron capaces de concentrar en sus bolsillos la riqueza de la zona para beneficio propio. Destacar de todas ellas la *gens* sabina **Claudia**, asentada en Roma en el 504 adC.

Gracias al poderío económico de unos pocos Roma se fue convirtiendo, con el tiempo, en una potente ciudad con



**Ilustración 15.** Escenita de cómo se las gastaban los romanos para “convencer” a las sabinas de que lo mejor era irse con ellos (“Rapto de las sabinas”, Peter Paul Rubens, 1617).

templos de adoración, foro pavimentado, desecación de aguas estancadas, construcción de la primera cloaca de la Humanidad (la *Cloaca Maxima*) y plaza pública.

Casualmente fue con la presencia del tirano **Servio Tulio**<sup>81</sup> en el poder (al que, según consta, accedió de forma violenta) cuando el desarrollo económico de esas familias se extendió a toda la Italia central produciéndose una “azarosa” comunión entre ricachones y dictadorzuelos del que veremos numerosos ejemplos de ahora en adelante.

**Servio Tulio** tuvo, sin embargo, la torpe ocurrencia de intentar poner en práctica en Roma el modelo reformista soloniano inscribiendo en cada una de las dieciséis tribus rústicas y cuatro urbanas<sup>82</sup> a todos los romanos.

Con ello hizo un censo repartiendo a los romanos, quisieran o no, en cinco clases fijadas en función de su riqueza. Los que tenían más de cien mil *ases* debían costear un equipo completo militar de bronce, los de más de setenta y cinco mil *ases* se tenían que pagar un escudo rectangular y así hasta los de veinticinco mil *ases* que con mantener una jabalina y lanza les bastaba y, por último, los pobres pringaos que no llegaban a los once mil *ases* a quienes se les encomendó la difícil tarea de poseer en condiciones una discreta honda y un cajón siempre repleto de piedras.

Todo este impresionante follón censatario daba lugar a una Asamblea Centuriada donde se votaba no a título personal son por centurias.

Según los que saben de esto aquí estaría la base de la estructura de la legión romana más antigua compuesta por sesenta centurias.

---

<sup>81</sup> Hijo de un etrusco y de una sierva, **Ocresia**. De ahí su *praenomen* **Servius**: hijo de una sierva.

<sup>82</sup> Palatina, Collina, Esquilina y Suburana.

Pero el defectillo de este reparto estaba en la asignación de tierras a los soldados lo que generó una potente timocracia en función de la propiedad de los bienes, de base exclusivamente patricia, que creció en demasía exigiendo un poder que las *gentes* no estaban muy dispuestos a entregar (de hecho, se negaron a la reforma desde el principio).

Al poco, se plantó en el poder un tal **Tarquino el Soberbio** previo asesinato de su predecesor y suegro (al estar casado con **Tulia**, hija de **Servio Tulio**).

Este asesino de suegros logró asociar los treinta pueblos de las colinas albanas y otros diecisiete que había por ahí cerca en una potente confederación económica reflejada claramente en el primer tratado romano-cartaginés. En él, los cartagineses se comprometían a no promover ningún trabajo de fortificación en el Lacio y a no agredir ninguna ciudad latina bajo el dominio romano.

Y en una de esas salidas tontas que hacen los reyes para luchar contra alguna ciudad enemiga (en este caso Ardea) va un grupito de conspiradores palaciegos y lo derrocan sin más contemplaciones provocando un vacío institucional que no tardará en llenarse con el modelo de magistratura republicana ya operativa en algunas ciudades etruscas.

La tensión provocada por este intento de cambio institucional se vio incrementada por la manía plebeya<sup>83</sup> de exigir algunos derechos y por la hambruna de 492 adC, obligando a los jerifaltes a buscar trigo por Etruria, Campania y Sicilia y repartirlo gratuitamente entre la plebe y los *proletarii*, para tenerlos algo tranquilos.

Sin embargo, la ambición patricia les cegó y no consintieron acceder al reparto de las nuevas tierras

---

<sup>83</sup> Para muchos de sus contemporáneos ricos éstos eran los *qui gentem non habent*.



conquistadas entre la plebe lo que provocó que los susodichos, ya bastante moscas, decidieran crear un centro político-religioso paralelo al oficial con cultos propios y una asamblea en el mismísimo Monte Sacro.

El movimiento plebeyo fue eficazmente organizado y dirigido por sus tribunos acordándose, en 471 adC, que las decisiones tomadas en asamblea serían aceptadas y válidas para los plebeyos al margen del Estado Romano.

De esta genial idea a la que, en justicia, debían retroceder algunas clases marginales hoy en día, surgió el concepto de República patricio-plebeya tras dos siglos de duras luchas entre las partes enfrentadas.

El nuevo régimen consular optó por un modelo colegiado y anual. Los cónsules ostentaban el poder en términos de absoluta igualdad y cada uno de ellos era elegido por los Comicios Centuriados.

A los cónsules les correspondía el control del *imperium* y los no menos trascendentales “auspicios”. Tras ellos iba el *pretor*, titular de jurisdicción; los *cuéstores*, encargados de las tareas administrativas; y los *censores*, unos tíos encargados de vigilar las buenas costumbres aunque sin poder de mando.

Esta estructura organizativa tenía el eterno inconveniente de la ausencia de una unidad de mando fuerte lo que les obligó a contemplar la posibilidad de nombrar, si fuera de menester, un *dictatore* con tiempo limitado de seis meses para poner orden cuando la cosa se desmadraba.

Y si todo esto está empezando a resultar familiar para cualquier occidental de hoy en día no menos conocido es el recurso usado por los tribunos para declarar el carácter inviolable de sus personas: afirmaron, muy serios, que ellos estaban allí por no sé qué historias de naturaleza religiosa y que un tal *pontifex maximus* era el encargado de actuar como

árbitro frente a los litigios que pudieran surgir (por cierto, no está de más mencionar a las *vestales*, unas señoras obligadas a mantener su castidad para la custodia del fuego sagrado y sometidas a las órdenes que pudiera darles el *pontifex* de turno).

Otro grupo de vividores eran los *augures*. Decían que tenían el poder de interpretar la voluntad de los dioses y se dedicaron a vivir del cuento examinando vísceras de animales.

Uno de los elementos más importantes de toda esta época es la Ley de las XII Tablas donde se definía el Estado ciudadano romano. La redacción de estas leyes es el punto de partida de la desacralización del derecho romano y la base remota del derecho de nuestro mundo occidental. Se sabe a ciencia cierta hasta qué punto fastidió a los patricios semejante normativa al haber podido documentar históricamente su negativa a rescribir ciertas leyes de las Tablas cuando el incendio galo destruyó los originales.

El contenido de las leyes se basa en dos ejes claramente definidos: la salvaguarda del patrimonio y la autoridad del padre.<sup>84</sup>

Contaba, además, con leyes relativas a los atentados contra la propiedad (a los chorizos ya no se les mataba, sólo se les apaleaba), regulaba los conflictos vecinales (el insolvente podía ser encadenado y vendido por ahí), se prohibió enterrar a los muertos dentro de la ciudad (que luego hedían) y quedaba terminantemente prohibido difamar sin venir a cuento.

Con tanta modernidad impregnando la vida ciudadana el progreso económico fue al alza y Roma fue capaz, en un alarde de ingeniería digna de mención, de construir hasta la *Via*

---

<sup>84</sup> La mujer no tiene ninguna capacidad jurídica. Sobre el padre recae la total potestad de los hijos a quienes, incluso, se les autoriza la “eliminación” de aquellos nacidos con deformidades.

*Apia* (312 adC) y acuñar la primera moneda en plata sobre modelo griego.

Semejante poderío permitió iniciar la conquista de la península itálica por Roma. Los romanos, para ello, utilizaban un sistema de concesión de ciudadanía a los invadidos muy particular donde se les permitía el *ius connubii*, *ius commercii* e *ius migrandi*; mientras se les impedía lo del *ius suffragii* para evitar que las leyes pudieran decantarse hacia sus intereses (muy similar a lo que sucede ahora con las masas de inmigrantes que entran en Occidente).

Este concepto de *civitas optimo iure* proporcionó una romanización progresiva de las tierras invadidas sin gran resistencia por parte de los pueblos ocupados que no entendían muy bien este nuevo modelo fagocitador de sus vecinos romanos.

La aparición de tanto proletario provocó que pronto apareciera algún patricio con tinte “progre” intentando poner justicia sobre el planeta. Fue así como a un tal **Apio Claudio** le dio por elaborar otro censo “*repartiendo a todo el pueblo bajo entre todas las tribus*” (**Livio**) y provocando que los patricios vieran diluido su poder con tanto *lumpen* molestando por ahí.

Para **Suetonio**, otro romano que iba de intelectual, “*intentó [Apio Claudio] convertirse en dueño de Roma por medio de sus clientelas*” pero fracasó estrepitosamente dada la tendencia natural de los que mandan a negarse a ceder un ápice de su poder.

**Apio Claudio** era consciente de que su iniciativa era muy impopular entre los patricios y pensó en provocar un reacción popular a favor suyo mostrando a los pobres el texto íntegro del derecho civil romano al estilo **Solón**. Este principio de igualdad jurídica tuvo un fugaz éxito pero pronto cayó en el

olvido de una clase dirigente muy poco dada a “innovaciones peligrosas”.

Realmente los ricos ya tenían su particular idea de lo que debía hacerse con los pobres y las tierras conquistadas. Y no tardaron en plasmar en iniciativas más o menos deslumbrantes su interés por quedárselo todo.

Fue así como la oligarquía romana, en una hábil táctica que aún hoy usan las multinacionales cuando dicen de quedarse con un territorio virgen, decidieron que lo más inteligente era nombrar “patrón vitalicio y hereditario” a algún tío ambicioso y sin escrúpulos de la zona conquistada para así ocultar en las acciones del interfecto los verdaderos intereses romanos.

Una vez nombrado el patón “títtere” el botín pasaba a disposición legal del militar que ocupaba las tierras entregando parte de éste al Tesoro estatal, destinando otra cuantía a obras públicas para acallar posibles protestas<sup>85</sup> y, con el resto, se pagaba a la tropa.

Para entender bien el verdadero motivo que movió a Roma a convertirse en un pueblo imperialista no hay más que irse a las palabras del viejo **Cicerón**: “*Roma a menudo fue a la guerra a causa de sus mercaderes*”. Además, los romanos nunca consideraron inmoral o reprobable estas políticas de aniquilación de lo foráneo para su propio beneficio.

Pero esta política de guerras y de expansión practicada por Roma contaba no sólo con el consenso del Senado y la oligarquía romana y latina, sino con la de todos los sectores sociales incluidas las clases más desfavorecidas. El enigma a este curioso jeroglífico no es difícil de resolver: la masa popular, pobre e inculta, vivía sumida en una continua y falsa

<sup>85</sup> Aquí se esconde otro timo muy común: se hace ver al indígena que lo de adoquinar una carretera “*es por su propio bien y por el progreso de su pueblo*” cuando lo que realmente hace es dotar al mercader de turno de una tupida red de vías para esquilmar las riquezas de la zona.

euforia patriótica por las victorias bélicas de sus jefes (¿les suena?).

Estas conquistas, empero, fueron duras y complejas. Por ejemplo, los samnitas practicaron una respuesta bélica a los ataques romanos en forma de *razzias*.

En el año 328 adC, los samnitas llegaron a infiltrarse en Nápoles hostigando, desde allí, los cercanos campos de Capua. Roma sufrió auténticos desastres militares como el acaecido en las Horcas Caudinas, donde se vio obligada a entregar parte del territorio conquistado.

Pronto los samnitas se convirtieron en un ejemplo de pueblo que lucha (y con éxito) contra Roma lo que les permitió erigirse como cabeza de una especie de frente “anti-imperialista” donde se agrupaban los pocos pueblos que aún no habían sido arrasados y masacrados por el ejército romano.

Se trataba, en definitiva, de pasar al control de Roma o mantener una ingenua independencia. Etruscos y samnitas ya habían probado por separado el amargo sabor de los *pilum* romanos y optaron por unirse a umbros y galos para ver si así...

Como era de esperar ganaron los de siempre, a los samnitas se los pasaron por la piedra y los etruscos, cansados, pactaron la paz con Roma anexionándose ésta última los escasos territorios de Etruria que aún permanecían libres.<sup>86</sup>

## ROMA QUIERE MÁS

---

<sup>86</sup> La ley de la guerra, en el mundo antiguo, otorgaba al vencedor el derecho a disponer a su antojo del vencido. Ello impide que se pueda hablar, en este caso, de una “confederación de pueblos itálicos bajo la hegemonía romana” ya que ello implicaría voluntariedad de todas las partes cuando de eso hubo bien poco.

Algunos reyes griegos como **Pirro** tenían puesta su mirada en Roma desde hacía tiempo dada la importancia económica que estaba cobrando el territorio. Por ello los máximos mandatarios romanos se cuidaban muy mucho de meter sus narices en ciudades que tuvieran el apoyo de la Magna Grecia.

Tarento fue una de esas ciudades hostiles a Roma que decidió llamar a **Pirro** en el 280 adC para plantar cara al ejército romano en la confianza de que, más adelante, se unirían los pocos pueblos rebeldes que quedaban en la península.

Los veinticinco mil “pírricos” junto a los “tarentinos” se lanzaron, todos a una, contra el ejército romano en Heraclea (280 adC) obteniendo una de esas sonadas victorias que quedan inscritas en los anales de la Historia como “gesta heroica” u otra gilipollez análoga.

**Pirro**, en un aire de magnanimidad sin par, optó por proponer a Roma un tratado de paz. Pero los senadores lo rechazaron considerando que lo mejor era liarse a hostias otra vez con los “pírricos” en Apulia.

Y volvieron a perder.

**Pirro** con esta batallita ganada se había convertido ya en una figura emblemática en la lucha de los pueblos contra el imperialismo y no tardaron en aparecer “amigos” interesados en tenerlo a su lado dada la innegable capacidad guerrera.

Fue así como los de Siracusa le solicitaron su apoyo frente a un temido e inminente ataque cartaginés (ya se habían plantado en Sicilia) ofreciéndole, a cambio, la soberanía de la ciudad.

La posibilidad de que **Pirro** controlara el corredor Mediterráneo, y con ello el tráfico mercantil en todo el *Mare Nostrum*, no gustó nada ni a romanos ni a cartagineses optando

por realizar un pacto militar contra este enemigo común que les había salido.

Pero los pactos entre caballeros suelen durar lo que tarda uno de ellos en firmar otro con un tercer llegando a complicar la cosa sobremanera. Y este es un caso de esos...

Durante las guerras de **Pirro** en Sicilia, los mamertinos<sup>87</sup> habían colaborado estrechamente con los cartagineses y, tras la huida de **Pirro** a Grecia por culpa de los romanos, mamertinos y cartagineses quedaron en libertad de extender su poder por la zona.

Cuando parecía que la cosa se aclaraba se produce una impresionante pelotera en Siracusa y dos bandos enfrentados le piden, al alimón, ayuda a Cartago (en el 264 adC).

El Senado cartaginés, un poco liado con tanta solicitud de ayuda decide apoyar a los mamertinos, aun sabiendo que no eran más que una pandilla de chorizos, dado que ello podría implicar el control posterior de Siracusa.

Este interesado apoyo militar cartaginés provocó que a los romanos (sus antiguos “amigos”) les costara veinticuatro años de su historia derrotar a los siracusianos firmándose, por fin, una alianza subordinada a Roma para los siguientes cincuenta años que no supuso grandes beneficios para nadie.<sup>88</sup>

En vista del mal ojo que tuvieron los cartagineses en sus políticas de alianzas decidieron que lo mejor era dedicarse a resolver los problemillas internos y aparcar por un tiempo los “asuntos internacionales” para evitar males mayores.

Fue así como consideraron que lo “más mejor” era irse a Cerdeña a liarse a guantazos con unos cartagineses sublevados en la isla evitando cualquier enfrentamiento directo con la potencia militar romana.

---

<sup>87</sup> Otro de esos pueblos itálicos asentados en Mesina.

<sup>88</sup> De ahí la expresión “victoria pírrica”.

Pero Roma, que le tenía ganas al pueblo cartaginés, consideró que esa acción no era más que una agresión en toda regla y amenazó a Cartago con iniciar otra guerra si no se largaban de la isla.

Los cartagineses, humillados y acojonados, optaron por largarse de allí por si las moscas creando al caldo de cultivo de un odio anti-romano que no tardaría en materializarse en la llamada “segunda Guerra Púnica” y que **Polibio** entendió como la verdadera causa de tanto follón entre ambos pueblos.

Porque, en realidad, Cartago no era una potencia tan peligrosa para Roma como se nos quiere hacer creer. Tan sólo contaba con una potente red de enclaves mercantiles por todo el Mediterráneo (Ibiza, costa sur de la península ibérica, Malta, Cerdeña, Sicilia... llegando hasta las islas Madeiras, Canarias, costa occidental de África, Bretaña, Inglaterra e Irlanda) y una ambición, algo temeraria, de sus máximos dirigentes.

Esa mezcla de odio irracional contra Roma e inconsciente prepotencia de sus dirigentes hizo que **Aníbal** se ventilara el protectorado romano de Sagunto y se lanzara a una aventura militar atravesando los Alpes con su ejército en busca del apoyo de los galos (muy independentistas ellos) para acabar con la mismísima Roma.

Los primeros escauceos bélicos se saldaron con una serie de victorias a su favor que causó la humillación del Senado romano: en Apulia, sólo cuarenta mil infantes y diez mil caballeros corrieron a gorrazos a casi cien mil romanos de los cuales setenta mil la palmaron y otros diez mil cayeron prisioneros (**Aníbal** sólo perdió seis mil tíos).

La conmoción en Roma fue tremenda y la mayor parte de la Italia meridional se pronunció a favor de **Aníbal**: desde los samnitas hasta los siracusianos.



Encima este impertinente muchacho, en el 215 adC, logra un tratado de alianza con **Filipo V** de Macedonia por el que este último se comprometía a desembarcar en Italia un ejército completo y doscientos barcos.

Roma empezó a acojonarse y decidió que lo mejor era ir a Hispania y cortar la ayuda cartaginesa a sus topas ventilándose a los cabecillas: un hermano de **Aníbal**, **Asdrúbal** y **Magón**.

**Publio Cornelio Escipión**, al frente de un ejército romano emprendió la conquista de la zona peninsular controlada por Cartago hasta plantarse en la mismísima Cartago Nova.

**Asdrúbal**, derrotado, abandonó la península con los restos de su ejército intentando llegar hasta el sur de Italia y su hermano, una vez enterado de la movida, decide volver a Cartago por mar con sus tropas. **Escipión**, sin embargo, ya había desembarcado en África y, en 202 adC, tuvo lugar en Zama la última y definitiva batalla de la llamada “segunda Guerra Púnica” que supuso el fin de Cartago como poder independiente.

A Roma ya tan sólo le quedaba embarcarse en alguna aventura militar hacia oriente para conquistar nuevos territorios y rutas comerciales.

Sin embargo, para este cometido el pueblo romano se tenía que enfrentar con una cultura helena de la que era gran admirador y con la que no deseaba mantener relaciones hostiles.

Afortunadamente para los militares y mercaderes romanos en la crisis con Cartago había aparecido un tal **Filipo V** de Macedonia que parecía un sujeto ideal para descargar contra él las manías expansionistas del Imperio sin tener que tocar Grecia.

El Senado se puso a cavilar y pronto descubrió una excusa: **Filipo** había llegado a Rodas y Roma no podía consentir la ocupación seleúcida de una importante zona para el tráfico comercial.

Con la tontería ya inventada y aderezado con un siempre efectivo patriotismo como argumento Roma exigió a **Filipo** que se largara de Calcis, Corinto y Demetrias. Pero el rey seleúcida se limitó a hacerle un raro gesto con el dedo y ambos optaron por enfrentarse, una vez más, en alguna batallita campal que justificara tanta inversión en armamento.

Roma entraba así en una comprometida dinámica de luchas continuas contra pueblos vecinos y enemigos de las que solía salir airoso gracias a una estrategia política muy sencilla usada por las potencias mundiales posteriores: debían adelantarse a los acontecimientos.

La familia patricia de los Escipiones fue la encargada de convencer al Senado de que una paz definitiva sólo se conseguiría si se lograba doblegar de una puñetera vez a la monarquía macedónica de los seleúcidas ya que, al poco, el hijo de **Filipo**, un tal **Perseo**, se le fue la olla y acabó controlando toda Grecia casándose, encima, con una hija de **Seleuco IV** de Siria (179 adC).

Tanta boda y pacto entre países vecinos no era algo que agradara a una Roma ambiciosa y preocupada por su futuro como dueña absoluta del mundo conocido: así que optaron por ocupar Macedonia en 171 adC antes de que el prestigio de **Perseo** en Grecia fuera lo suficientemente grande como para darles problemas en la frontera oriental.

Al principio los romanos las pasaron canutas (en el Olimpo se les atragantaron un puñado de “perseidas”) pero, por fin, **Perseo** cayó y Roma decidió partir Macedonia en cuatro

grandes regiones prohibiéndoles toda relación entre ellas para evitar más disgustos.

Estas medidas de fuerza romana no hicieron más que alimentar la hostilidad de los helenos hacia Roma (hay que tener en cuenta que arrasaron, literalmente, Macedonia y, como veremos más adelante, Cartago) máxime cuando el Senado romano obligó a separar de la Liga Aquea, y por motivos aparentemente espurios, a las ciudades de Esparta, Corinto y Argos.

Los aqueos se mosquearon (con razón) y Roma hizo lo único que sabía hacer: mandó al ejército otra vez a la zona, ocuparon Corinto, saquearon las ciudades que pillaron a su paso, incendiaron otras tantas y acabaron convirtiendo a los habitantes sublevados en esclavos usando la misma táctica de terror que ya había empleado contra los cartagineses.

Este modelo salvaje de romanización también fue usado en la península ibérica contra los indígenas gracias a la figura de un tal **Catón** quien garantizó para la metrópoli la explotación de las minas de Cartagena y Bética.

Los hispanos, en su línea, protestaron mucho por el expolio al que se hallaban sometidos y, en 154 adC, se produjo el estallido de una guerra social que duró veinte años cometiendo los romanos burradas similares a las infligidas a los griegos en la otra punta del Mediterráneo.<sup>89</sup>

Al único loco que se le ocurrió tratar de vengar tanto desmán romano en Hispania fue a un tal **Viriato**, pero duró menos que un artículo de los Derechos Humanos en el consejo de Administración de una multinacional.

---

<sup>89</sup> A los lusitanos, por ejemplo, se les prometió tierras y acabaron pasados a cuchillos y/o vendidos como esclavos dentro de un modelo de relación entre pueblos muy del gusto de la futura cultura occidental.

El final de esta sangrienta conquista hispana tuvo lugar en Numancia, una pequeña ciudad que sufrió el asedio de sesenta mil romanos hasta que, tras quince meses de cerco, los mandamases del pueblos llegaron a la conclusión de que lo mejor era matarse todos. Y así les fue.

Junto a esta siempre edificante acción romanizadora de la Hispania Citerior y Ulterior se encuentran otras tantas gestas que definen claramente cómo se las gastaba el Imperio.

Por ejemplo, gustaban de usar reyes “satélites” que los tenían a modo de tapón frente a cualquier territorio hostil y a quienes se les ofrecía, a cambio de vigilancia, todo tipo de protección militar con la instalación de campamentos en la zona (lo de la OTAN no es nada nuevo).

Al rey numida **Massinisa**, se le encargó una de esas misiones: tener bien controlado los puntazos expansionistas de Cartago en el norte de África.

Pero **Massinisa**, uno de esos cabroncetes que siempre hay en los anales de la Historia, se dedicó en sus ratos libres a provocar a los cartagineses para ver si saltaban.

Saltaron en 150 adC intentando una efectiva defensa contra el rey numida y éste se fue llorando a Roma a chivarse.

El ejército romano, con ganas y diligente como él solo, desembarcó en 149 adC en Utica dispuesto a comerse crudo lo poco que quedaba de cartaginés sobre el planeta.

Viendo Cartago la que se le venía encima optó por negociar con Roma pero ésta, muy poco dispuesta a perderse una batallita de ese calibre, les propuso una de esas condiciones que se suelen proponer cuando no interesan los acuerdos: se debían autodestruir.

Y puestos a elegir entre una cosa u otra, los cartagineses dijeron de guerrear para ver cuánto aguantaban.

Duraron, exactamente, un año y medio. El tiempo que necesitó **Escipión Emiliano** para reducir a todos los cartagineses, borrar del mapa Cartago y convertirla en una provincia más romana.

**Polibio** podía hablar por fin en sus escritos de que Roma era dueña de todo el mundo conocido, bien directamente o por medio de sus clientelas.

Los territorios anexionados pasaron a ser organizados en distritos denominados *provinciae*, siendo los *pretore*s los encargados de administrar una hipotética justicia sobre la zona con una independencia prácticamente completa sobre la metrópoli.

Estos pretore>s fueron capaces de enturbiar la vida política, social y económica a unos límites insospechados con frecuentes casos de extorsión y abusos mientras que, con la cara falsa, se dedicaban a ensalzar su propia figura en detrimento de las instituciones republicanas.

**Catón**, un insigne personaje muy ligado a Hispania, ya constató en sus escritos la existencia de una fuerte corrupción “*contra la que había que luchar*” producida por el lujo excesivo y un enriquecimiento ilícito basado en recursos amoraes que, al menos, garantizaba la estabilidad de un sistema político aunque fuera podrido.

No es que **Catón** estuviese en contra de la riqueza pero su lucidez le permitió entender que el uso que se hacia de ésta acabaría teniendo implicaciones políticas peligrosas.

El peso político de estos pintas militares fue en aumento a lo largo de todo el siglo II adC con riquezas superiores a la de los propios senadores sin que sus aspiraciones y ambiciones personales pararan nunca de incrementarse.

El asombros percido entre la situación política romana en sus relaciones con el exterior y los métodos usados por los

responsables occidentales actualmente sigue un curioso paralelismo extrapolable, incluso, a las geniales iniciativas tomadas en materia de interior...

Roma no podía soportar más eso de ser un foco de atracción para tanto muerto de hambre deseoso de ver mejorada la calidad de vida que se le negaba en sus ciudades de origen.

Por ello se vio obligada a tener que expulsar, en 177 adC, a doce mil inmigrantes extranjeros que estaban empezando a molestar a una clase acomodada especialmente interesada en no ver, frente a sus maquilladas narices, la cantidad de miseria que había más allá de los límites del Imperio romano.

El origen de tanto interés por ser romano no era otro que el poder participar en el reparto de trigo, vestido o dinero que el Estado hacía entre los autóctonos (incluidos banquetes electorales gratuitos) realizado, no por un notorio afán de solidaridad y comprensión hacia el desfavorecido sino, y eso no se duda, para tenerlos callados ante los atropellos que la clase dirigente continuamente cometía. De hecho, este reparto se hacía con gran desprecio hacia las clases afectadas como lo demuestra la connotación peyorativa que tenía el término *mercenarius*, procedente de la palabra *merces* que significaba merced o gracia sórdida o humillante por lo que de dependencia implicaba.

Lo curioso de todo esto es que ya los romanos tenían conciencia de los fallos de un sistema político incapaz de responder a las necesidades globales de una nueva sociedad polarizada en demasía; pero los intereses de aquellos ricos no hacía viable cambios estructurales serios y optaron por un peligroso inmovilismo que acabó como era de esperar.



**Ilustración 16. Reconstrucción científica de Roma realizada por Gosciny y Uderzo en 1972.**

## LAS REFORMAS DE TIBERIO GRACO

Una de las ideas que ya rondaban las cabezas de algún que otro iluminado para compensar tanta injusticia era la de limitar la ocupación del *ager publicus* por los ricachones y provocar el reparto de tierras entre los campesinos pobres.

Para tal cometido se nombró a **Tiberio Sempronio Graco**, un tribuno de la plebe “blando” a quien se le encargó la ingrata misión de hacer una ley que pareciera revolucionaria pero que no sirviera para nada.

Y **Tiberio**, un hombre a quien según **Plutarco** le abrió los ojos su visita a Hispania, presentó ante el Senado una ley agraria que provocó una airada reacción de la clase senatorial temerosa ella de perder tanto bien acumulado por sus respectivos linajes.

La ley establecía dos principios básicos:

- Todo poseedor de tierras estatales deberá mantenerse dentro de un límite fijado por el Estado (un principio legislativo contra los latifundios).
- El resto de tierras asignadas se entregarán al *ager publicus* para que el propio Estado lo reparta entre las clases más desfavorecidas.

El mero hecho de contar con una propuesta de ley en el Senado con semejantes características hizo que multitud de campesinos acudieran a Roma a apoyar la ley mientras los senadores, en su línea habitual, se encargaron de presentar un derecho de veto para evitar, siquiera, su votación.

Pero **Tiberio**, que era menos blando de lo que parecía en un principio, se sacó de la manga un recurso legislativo que descompuso la defensa senatorial: vino a decir algo así como que el pueblo podía deponer a aquél senador que se negara a discutir una ley ya que para eso se le había votado (un concepto de soberanía popular muy griego y demasiado “progre” para la mentalidad de tanto carca aferrado al poder).

Y soltada semejante declaración de guerra contra la clase poderosa, ésta tardó granos de arena<sup>90</sup> en considerar que **Tiberio** era peligroso y que lo mejor que se podía hacer era empezar una campaña de desprestigio contra él, conscientes de la dimensión política que estaba alcanzando el muchachote.

La campaña produjo efectos contrarios a los previstos y se vio obligado a presentar su candidatura al tribunado bajo la presión de una muchedumbre esperanzada en los cambios que prometía.

Fue un suicidio en toda regla. Los senadores dieron un paso más en su “programa de supervivencia” y decidieron cargárselo antes de las elecciones.

---

<sup>90</sup> Por lo del reloj de ídem.



Despachado **Tiberio** fue fácil paralizar las reformas bajo una inteligente argucia legislativa que impedía futuros intentos similares: se propuso y aprobó que el poder jurídico pasara a los cónsules, unos pintas casi siempre ausentes de Roma y con mucho interés personal por evitar reformas agrarias de ningún tipo.<sup>91</sup>

Pero la semilla “graquiana” ya había agarrado entre algunos grupos sociales y años más tarde su hermano **Cayo Sempronio Graco**, un inteligente orador, obtuvo el tribunado de la plebe (123 adC) con un amplio apoyo popular, la promesa de vender mensualmente trigo a la plebe a bajo precio (*lex frumentaria*) y reducir el tiempo del servicio militar (*lex militariis*).

La pasividad senatorial inicial (quizás convencidos de que no les iba a volver a pasar nada semejante) hizo que **Cayo Sempronio** empezara a proponer iniciativas más osadas. Así, en 122 adC, contempló la posibilidad de conceder la ciudadanía romana a los propietarios itálicos más ricos y, la latina, a todos los demás.

Encima, el muy irresponsable, no se le ocurrió otra cosa que intentar democratizar la asamblea centuriada (*lex judiciaria*) con votación por sorteo, cuando precisamente los caballeros de que se componía la asamblea no contemplaban, ni por asomo, democratizar nada sino consolidar y ampliar su esfera de poder con abusos de todo tipo.

Tanta justicia en sus propuestas hizo que al final una importante masa de ciudadanos romanos ricos empezaran a retirarle su apoyo mientras la plebe hacía lo mismo acojonados

---

<sup>91</sup> Este bonito y siempre constructivo ejemplo de cómo se las gastan los poderosos para evitar cambios que impliquen un reparto de la riqueza es una constante permanente durante toda la Historia de la Humanidad. Lo único que ha cambiado es el grado de sofisticación de su puesta en marcha.

por la posibilidad de que los itálicos integrados les quitaran sus escasos privilegios (¿les suena?).

**Cayo**, fracasado e incomprendido, se acabó retirando a África por “sugerencia” senatorial encargándosele la digna misión de parcelar la nueva colonia de Cartago. Pero lo hizo tan bien y con tanta justicia que el Senado le retiró del puesto y le ordenó que volviera a Roma (no fuera a ser que la liara allí). Una vez en la metrópoli los disturbios entre detractores y simpatizantes fueron en aumento hasta que él mismo, decepcionado por el cariz y trascendencia que tenían sus acertadas decisiones, decidió pedir a uno de sus esclavos que le matara como le diera la gana.

Por primera vez aparece claro para el pueblo romano e itálico que el Senado no es sino un instrumento del que se sirven unos cuantos personajes y familias para aprovechar todas las ventajas que les permite su posición de poder, en detrimento del pueblo.

Y por primera vez se desenmascara la táctica de los *nobilitas* de lanzar falsos líderes populares para encauzar la agresividad contenida en el pueblo llano hacia menesteres menos peligrosos.

Mientras al pueblo se le tranquilizaba con pan, circo y falsos demagogos<sup>92</sup>, la alianza de senadores y caballeros romanos imprimían a la política del Imperio un carácter netamente mercantilista que se tradujo en numerosos enfrentamientos con otros pueblos por el control de pasos y zonas estratégicas.

---

<sup>92</sup> Las astutas e hipócritas formas usadas por los dirigentes romanos para tranquilizar al pueblo lo podemos ver, por ejemplo, en el templo dedicado a “*La Concordia*” mandado a erigir al pie del Capitolio por el cónsul **L. Opinio**.

Uno de los casos más descarados y sangrantes es la trifulca mantenida con un tal **Yugurta**, aspirante al trono del reino satélite de Roma, Numidia.

Numidia era uno de esos enclaves romanos plagado de intereses comerciales hacia la metrópoli y, por lo tanto, sujeta a continuas injerencias en su política interna por parte de Roma.

Y el Senado, en un intento por llevarse bien tanto con **Yugurta** como con su otro aspirante al trono, **Adherbal**, decidió que a la muerte del rey **Micipsa** el reino debía ser dividido en dos.

Sin embargo, **Yugurta**, en el 113 adC, estimó oportuno para satisfacer sus necesidades megalómanas invadir la otra parte y cargarse a **Adherbal**.

Roma, en una línea pragmática hartado familiar optó por criticar con la boca chica la invasión y no enviar tropas a África para evitar males mayores en la economía del Imperio.

La protesta ciudadana por esta lábil reacción hizo que Roma, a regañadientes, se fuera a hablar con **Yugurta**, le impusiera una ridícula sanción económica y le pidiera, por favor, que se estuviera tranquilo dados los intereses económicos romanos en la zona.

El pueblo, aparentemente hartado de tanta hipocresía y gesto mal entendido, rechazó esta iniciativa y exigió una investigación pública sobre las probables corrupciones que existían tras esta patética advertencia.

**Yugurta** fue a Roma algo temeroso a dar explicaciones pero comprobó, *in situ*, que el Senado se encontraba profundamente dividido y con el pueblo en contra con lo que decidió volver a Numidia, pasar de la investigación senatorial y dedicarse a guerrear otra vez.

La imagen de un poderoso ejército romano humillado por las tropas “yugurtinas” le permitió al pueblo romano

entender que el verdadero origen de las decisiones políticas tomadas en el exterior eran puramente económicas y que, si se quería resolver decididamente el conflicto, era necesario nombrar a un *homo novus* sin intereses en la zona.

Fue así como se le encargó la faena a un tal **Cayo Mario** (en 108 adC) provocando tan adhesión de gentes “a la causa” que en poco más de dos años logró que **Yugurta** huyera por patas a Mauritania donde le acogió el rey **Bolo**, su suegro.

Evidentemente, “la causa” que atrajo a tanto romano a filas era algo más que un sentir patriótico. Se trataba de un nuevo modelo de relación contractual entre los “pollos” y el ejército consistente en la asignación de tierras a los futuros licenciados y el cobro de un *stipendium*.

De esta forma el ejército dio un espectacular giro fijándose éste al general que los reclutaba y en quien confiaban y se entregaban.

**Cayo Mario**, cada vez más poderoso, fue elegido cónsul por segunda vez para el año 104 adC justo cuando celebró el triunfo sobre **Yugurta** y en un momento en el que Roma vivía una tensión extrema por las derrotas militares en tierras germanas.

El Senado, incapaz de controlar la que se le venía encima, decidió que lo mejor era darle el poder a **Mario**, un tío de intachable imagen, hombre fuerte sin par que contaba con un importante ejército a su servicio y cuyos vínculos hacia él eran tal vez más fuertes que hacia la propia República.

**Cayo Mario**, crecido tras tanto nombramiento, se ventiló a los cimbrios y volvió a Roma aclamado como salvador y fundador de la nueva Roma, eligiéndose a sí mismo cónsul por sexta vez en el año 100 adC.

A pesar del inmenso prestigio militar “mariano”, en política empezó a cagarla allí donde pensaba algo. Por ejemplo,

decidió ceder algo de protagonismo político a dos amigotes suyos (el noble **Saturnino** y el plebeyo **Glaucia**) que no hicieron más que calentar el ambiente con demagogias difícilmente creíbles por un pueblo cada vez más desengañado.<sup>93</sup>

El Senado, algo sensible a tanto desmán, optó por recobrar el control de la situación nombrando a **Livio Druso** como máximo responsable de la República.

**Druso** pertenecía a una de las más ilustres familias romanas e intentó granjearse el favor del populacho poniendo en marcha leyes agrarias en interés de éstos y luchando por la consecución de la ciudadanía romana a todos los itálicos (lo consideró un factor clave para conseguir la estabilidad).

Pero su precipitada muerte y la tibieza a la hora de afrontar un grave problema social enquistado desde hacía décadas provocó (por fin) una impresionante pelotera de violencia que los historiadores han decidido llamar “guerra mársica”, “itálica” o, más comúnmente, “guerra social”.

Las comunidades itálicas sublevadas fueron los marsos, picenos, vestinos, pelignos, marrucinos, samnitas (los que quedaban), lucanos, hirpinos, frentanos, pompeyanos, campanos, galos transpadanos, etruscos (unos históricos de la lucha antirromana) y umbros.

Todos ellos se constituyeron en un Estado federal paralelo, dotándose de una organización calcada de la romana con un Senado, dos cónsules y doce prétores.

La verdad es que a estas alturas aún no se sabe si realmente se creyeron que iban a poder aniquilar el poder romano pero, en todo caso, la multitud enardecida tras tantos años de rabia contenida dio muerte a todos los habitantes

---

<sup>93</sup> Encima se entretenían matando a candidatos adversarios sin ocultar ser los autores intelectuales de tan sospechosas desapariciones.

romanos de la ciudad de Ausculum y a la embajada estatal enviada por Roma lo que convirtió el enfrentamiento en una clara guerra civil.

La rebelión se corrió por ahí convirtiéndose en una guerra breve (de 91 a 89 adC) pero devastadora (se enfrentaron dos ejércitos de unos cien mil pintas por bando).

El número de muertos fue elevadísimo y muchas ciudades fueron destruidas hasta que la *Lex Iulia de civitate* acabó concediendo la ciudadanía romana a los itálicos que habían permanecido fieles y a aquellos que tuvieran intención de deponer las armas.

No hay que llamarse a engaño con esta concesión. Roma se encontraba fuertemente endeudada y empezaba a tener serios problemas con la frontera oriental, motivos ambos que forzaron a una revisión a fondo de las relaciones con las tierras vecinas, inventándose un nuevo modelo de distribución territorial en *municipium* algo más justo (pero sólo algo).

## DICTADORES AL PODER

El antecedente “mariano” hizo que Roma iniciara sus pinitos en el terreno de las dictaduras gracias al cónsul **Sila** y su genial idea de crear un nuevo ejército proletarizado y falto de ideales patrióticos que avanzaran con él hacia la metrópoli desde la Campania.

Así lo hizo en 88 adC decidido a restablecer una estabilidad en la República que él, en su interior de sus mondongos más personales, consideraba necesario.

Pero al pobre **Sila** le salieron imitadores que intentaron poner en práctica el mismo sistema para alcanzar el poder. Un tal **Cornelio Cinna** decidió irse a Nola, organizar un contingente militar nutrido de itálicos con ganas de gresca, y marchar hacia Roma para lograr los mismos objetivos.

Abierta la veda de ver quién era el que más salvajes podían incorporar a sus filas para entrar en Roma, **Sila** volvió a la carga desde Oriente (se le había mandado allí para que se tranquilizase) e instauró una dictadura con funciones constituyentes reclutando a los nuevos senadores entre sus acólitos caballeros.

Él fue el ideólogo de un nuevo sistema de control político basado en la “lista de proscripciones”. A ella iban a parar todos aquellos individuos no afín a sus ideas con objeto de asesinarlo a la mayor brevedad posible previo pago de un formidable estipendio al chivato de turno.

Pese al ímpetu puesto en la empresa **Sila** abdicó pronto de su cargo como dictador y, en 80 adC, aceptó compartir su consulado cediendo todas sus atribuciones ante la Asamblea en 79 adC. Este extraño gesto de retirada voluntaria se ha interpretado de muy diversas formas por los historiadores prevaleciendo la idea general de que su renuncia debiose a una profunda decepción personal.

Pero a **Sila** hay que relacionarlo con un gran personaje de la Historia con el que no le queda más remedio que compartir media vida: **Mitrídates VI Eúprator**.

Fue este muchacho una figura casi mítica<sup>94</sup> que accedió al reinado del Ponto y que consiguió hacer de éste la mayor potencia de Asia Menor... a pesar de Roma.

**Mitrídates**, encima, les salió listo y pretendió tutear a los romanos exigiendo que no le impusieran nada y mucho menos que le colocaran en una posición de vasallaje humillante. Consideraba que él tenía tanto derecho a proclamar guerras como los romanos sin llegar a entender cómo se lo

---

<sup>94</sup> Alto, arquero... De él se contaban multitud de anécdotas, entre ellas que había logrado inmunizarse a toda clase de venenos, que hablaba veintidós lenguas y que poseía una amplia cultura helenística.

prohibían precisamente ellos “*que todo lo que habían obtenido era por el resultado exclusivo de la guerra*”.

Total que al insolente se le va la olla y decide cargarse a cerca de ochenta mil pobres romanos a quienes no se les ocurrió otra cosa que pasearse por Anatolia en un momento de cabreo real. La escabechina le permitió aparecer ante los griegos como un rey vengador llamado a liberarlos de la tiranía y opresión romana (hay que tener en cuenta que las deudas a prestamistas romanos se los estaban comiendo por los pies y que, además, Roma siempre hacía negocios con las aristocracias locales, muy mal vistas por el populacho).

Pero la potente maquinaria romana se puso en marcha en 87 adC (un pelín tarde por culpa del enfrentamiento entre **Mario** y **Sila**) logrando la huida de **Mitrídates** a Armenia y su posterior suicidio a los setenta años (otra huida) al comprobar, compungido, que su glorioso reino se había convertido en una vulgar provincia romana.

Con estas muestras de arrogancia imperial ya se estaba poniendo de manifiesto la impotencia con que cualquier reino debía afrontar sus iniciativas expansionistas. Para Roma todo Estado ajeno a su Imperio debía ser oportunamente controlado para su propio beneficio al igual que cualquier elemento susceptible de perturbar los boyantes negocios que mantenían por el *Mare Nostrum* y aledaños.

Este es uno de los motivos por el cual **Cneo Pompeyo** (un joven formado a la sombra de su papá y de **Sila**) decidió, una vez accedió al consulado compartido junto a **Craso** en 70 adC, poner en marcha una ley de lucha contra los pobres piratas (la *Lex Gabina*) con el beneplácito de unos caballeros, algo necesitados de restablecer la seguridad marítima para el desarrollo del comercio (o, hablando con propiedad, de sus comercios).



La “limpieza” de indeseables fue tan efectiva que, en tres meses, capturaron ochocientos cuarenta naves, hicieron más de veinte mil prisioneros y ocuparon ciento veinte plazas fuertes.

Una vez garantizada la estabilidad económica a los caballeros con esta operación decidieron ocupar sus vidas recorriendo mundo disfrazados de militares y haciendo las cosas típicas de los militares (de su tiempo): matando enemigos, violando a mujeres y arrasando con todo lo que pillaban a su paso.

Con semejante y estudiada estrategia lograron doblegar Armenia, someter Siria y aplastar Judea sin importarles mucho la imagen que iban dejando por ahí fuera.

A su vuelta, en 62 adC, **Cneo Pompeyo** pidió, algo crecido, que el Senado le ratificase todos los tratados de paz, las provincias que había creado y los reyes que había depuesto pero no contó, el muy inútil, con los inevitables cambios que se producen en la esfera de poder cuando el que manda se larga por ahí un tiempo.

Fue así como no sólo no le ratificaron nada sino que, encima, lo depusieron de su cargo sin más contemplaciones.

Esta forma tan impresentable de actuar de los *nobilitas* cercanos al poder indignaron tanto al interfecto que, colérico y enfurecido, juró vengarse de toda esa pandilla de maricones.

Para ello se rodeó (es un decir) de un potente equipo de asesores y consejeros entre los que se encontraba un pinta de esos que hasta el más malo de los estudiantes de Historia conoce: **Cayo Julio César**.

Este señor de ilustre nombre poseía una particular visión de lo que debía hacerse con Roma al margen del cabreo “pompeyano” pero, con cierta astucia, prefirió servirle durante un tiempo hasta ser buen conocedor de los entresijos del poder.

Y cuando vuelve de Hispania, en 60 adC, nombrado ya *pontifex maximus* por no sé quién, logra un acuerdo a tres bandas entre él y los dos cónsules que tan mal se llevaban (el cabreado y **Craso**) para firmar el denominado “I Triunvirato”, denominado con acierto así por ser el primero y por afectar a tres.

Este pacto fue un acuerdo privado entre jefes políticos donde cada uno aportaba algo que garantizaba la estabilidad de la iniciativa. **Craso** daba riqueza e influencia, **Cneo Pompeyo** un poderoso ejército servil y entregado a su figura, y **Julio César** un extraño grado de influencia sobre la masa popular aprovechando su innegable carisma.

Gracias a esta iniciativa **Pompeyo** pudo resarcirse moralmente del daño que le había causado el Senado logrando promulgar una ley que confirmaba todos los actos realizados por él mismo durante la conquista de Oriente.

Pero **Pompeyo** estaba ya “tocado” y en incómoda situación. Eso de compartir riqueza y poder con **Julio** no le gustaba nada y prefería verlo lejos y guerreando, a tenerle cerca y comprobar el fervor popular que le profesaban.

Es de suponer que **Pompeyo** esperaba que se produjera en **César** el mismo fenómeno de marginación que él había sufrido en sus carnes años antes cuando se largó por ahí.

Sin embargo, **Julio César** era un tío militarmente competente y puso en marcha una de las secuencias consecutivas de victorias más importantes que se conocen...

- Año 58 adC: Campaña contra los helvecios en Helvecia (lógico) obligándolos a una masiva diáspora.
- Año 57 adC: Somete a la totalidad de galos belgas que andaban dando por saco en la frontera norte.

- Año 55 adC: Se produce una nueva invasión germánica a través del Rin. Se los ventila y se dirige a tierras anglosajonas con paso firme.
- Año 54 adC: Nuevas sublevaciones le obligan a patearse las Galias liquidándose las parcialmente.
- Año 52 adC: Las pocas tribus galas que sobreviven se reúnen en torno a un tal **Vercingétorix** cayendo todos, al alimón, en Alesia tras un intenso cerco “juliano”.
- Año 51 adC: Los últimos focos rebeldes (Uxellodunum, Armórica...) son pacificados y obligados a aceptar el nuevo modelo organizativo. Los más refractarios son masacrados, reducidos a la esclavitud u obligados a cambiar de emplazamiento, según los cálculos de un militar que para eso no se andaba con chiquitas.

Terminado el “encarguito” de liquidarse los pocos focos insurrectos que quedaban fue llamado a Roma en noviembre de 50 adC en un intento de **Pompeyo** por limitar un poder que estaba empezando a acojonarle.

Las intenciones senatoriales iban encaminadas a intentar poner fin a su vida real o política acusándolo, cuando viniera, de alguna absurda ignominia echando mano a cualquier vericuetto legislativo (malversación de fondos, violación de tratados...).

Pero **César** era sabedor de su peso específico en la política romana e intento tratar de igual a igual a **Pompeyo** con un recurso legal frente al Senado: él y su envidioso rival debían deponer sus poderes a cambio de garantías que le permitiera renovar su candidatura al consulado.

El ultimátum fue rechazado y **Pompeyo** forzó la elaboración de un senadoconsulto por el cual se declaraba a **César** *hostis*, enemigo público.

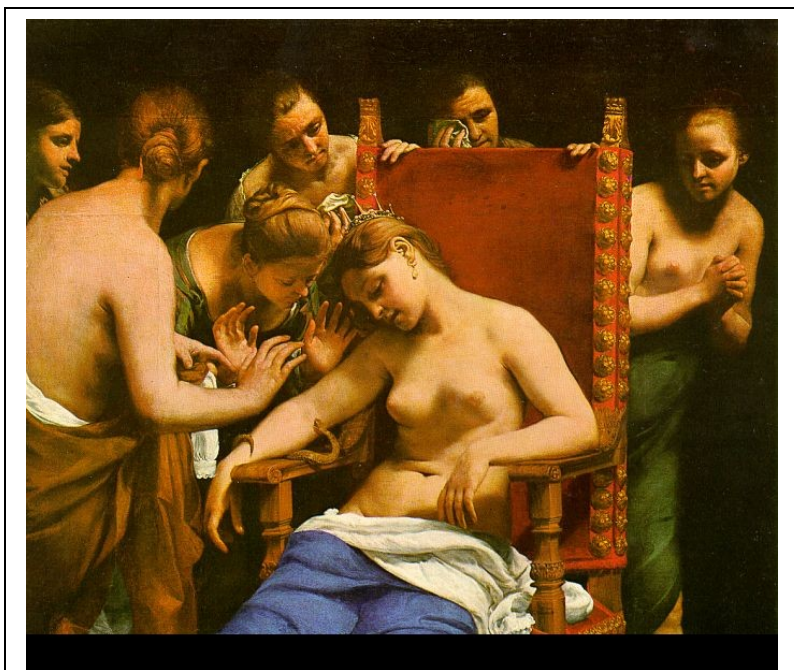
Lo que pudiera parecer una victoria pompeyana no fue más que el inicio de una cascada de adhesiones a la figura de **César**, entre las que se encontraba gran parte de un populacho muy dado a la exaltación de figuras con carisma; y, para perplejidad de **Pompeyo**, gran parte de las legiones supuestamente afines a su causa.

Las batallas campales se desarrollaron en Hispania, África y Grecia llevando la iniciativa siempre en **Julio César** interesado en ocupar Cerdeña y Sicilia como preámbulo a la invasión de una Italia “amiga” que conquistaría, en poco más de dos meses, tras su famoso paso por el Rubicón.

El combate decisivo contra **Cneo Pompeyo** tuvo lugar en Tesalia (Grecia) en junio de 48 adC en una batallita de esas que causan asombro al compararse el gentío que cada uno llevaba: **César** con la mitad de soldados y una estrategia sumamente calculada destrozó las filas enemigas forzando la huida a Egipto de un perplejo **Pompeyo** que volvía a ver cómo el destino lo maltrataba.

En Egipto intentó reconstruir su maltrecho ejército pero el gafe que llevaba encima le hizo pactar un acuerdo con un tal **Potino** (uno que andaba de dientes con **Cleopatra** y necesitado del apoyo de Roma para cargársela) quien descubrió, días más tarde y algo asombrado, que **Pompeyo** era un “don nadie” y que ahora el importante era **César**.

Para ganarse su favor decidió asesinar al **Pompeyo** (triste final para un “pupas” de la Historia) pero el nuevo y flamante dueño del Imperio ya tenía otra idea tanto para **Potino** como para **Cleopatra**: del primero pasaría un mazo y, a la segunda, se la beneficiaría por lo buena que estaba.



**Ilustración 17. Suicidio de Cleopatra tras el estrepitoso fracaso amoroso que vivió con Marco Antonio. (*Death of Cleopatra*, Guido Cagnacci).**

Liberado del engorroso y porculero **Pompeyo**, **Julio César** pudo disfrutar de las mieles del éxito con relativa tranquilidad recorriendo, triunfal, todo Oriente<sup>95</sup> y entrando en Roma con la nueva idea de poner en práctica una política estatal sin fisuras en torno a la figura del mejor y más ilustre personaje que la Historia de Roma jamás conoció: él.

Para confusión de tanto aristócrata acostumbrado a estilos barriobajeros **Julio César** optó por no matar a los

<sup>95</sup> Donde, por cierto, pronunció lo del *veni, vidi, vinci*.

senadores propompeyistas (le acusaron de “débil” por ello) ni a nombrarse monarca imperial vitalicio sino que prefirió autoproclamarse *dictatore* en 44 adC, razón ésta por la que se supone que se tramó su muerte.

Realizó algunas medidas de gran trascendencia como la concesión de la ciudadanía romana a toda la Galia Cisalpina, la restauración de una agricultura más racional, el alivio en la presión impositiva a las masas urbanas y controló los créditos y la circulación monetaria limitando el capital de las sociedades mercantiles.

Además, trató de impedir posibles focos de resistencia civil recortando el derecho de asociación en torno a los *collegia* y reformó el calendario a su antojo.

Su obra se vio truncada el 15 de marzo de 44 adC cuando fue asesinado a puñaladas traperas en la Curia por un nutrido grupo de conspiradores formado por antiguos pompeyanos como **Marco Bruto** (si los hubiera matado...), oligarcas y defensores de la dignidad y el orden (protofachas), cesarianos decepcionados y enemigos personales (que algunos tendría).

Toda esta retahíla de ambiciosos cometieron un tiranicidio sin poder ofrecer, a cambio, alternativa mejor para Roma que una camota defensa de sus propios privilegios y la creación de un gobierno manifiestamente corrupto e ineficaz.

En la sesión del Senado del 17 de marzo se comprobó la incompetencia de éstos cuando aceptaron, por no poder ofrecer nada mejor, un pacto donde se les garantizaba la inmunidad a cambio de no condenar ni la obra ni la persona de **Julio César**.

De esta forma los senadores se veían obligados a respetar la voluntad testamentaria del finado en uno de cuyos puntos establecía una paga de trescientos sestercios a cada ciudadano necesitado de Roma.

El testamento cesariano incluía también el nombramiento de su hijo **Cayo Julio César Octaviano** como primer heredero a la tierna edad de dieciocho años. Afortunadamente este imberbe supo rodearse de un selecto grupo de consejeros que consiguió la colaboración temporal de los republicanos, capitaneados por **Cicerón**. Enfrente se les plantó **Marco Antonio**, un hijo adoptivo que reclamó lo que consideraba suyo.

Al poco tiempo **Octaviano** prescindió deliberadamente de los republicanos y creó un tinglado idéntico al de su papá que tranquilizó, momentáneamente, al agresivo de su hermanastro: el II Triunvirato, llamado así por ser el segundo y afectar a tres.

**Marco Antonio, Octaviano** y un desconocido **Lépido** sellaron un convenio por el cual se repartían el gobierno del mundo romano usando un sistema de esos arbitrarios que se sacan de la manga los que mandan y que normalmente no suele coincidir con el sustrato autóctono de las zonas afectadas.

En esta ocasión ninguno de los tres se aventuró a perdonar a sus enemigos como hiciera **Julio César** y se dedicaron a perseguir con saña a todo aquel individuo opositor al régimen.<sup>96</sup>

Limpio el camino de polvo y paja intentaron poner en práctica el programa político cesariano: asentamiento de veteranos, fundación de colonias, creación de *municipium* fuera de Italia... autorizándose (y aquí sí que hemos perdido) ciertas “licencias” en la vida social como la libertad sexual, incluso dentro de los matrimonios, o la generalización del divorcio.<sup>97</sup>

<sup>96</sup> Así les fue a trescientos senadores y a dos mil caballeros que fueron “neutralizados” sin juicio previo.

<sup>97</sup> Hemos de tener en cuenta que aún “no se sabía” lo malo que era la promiscuidad ni cuán importante es para la estabilidad psíquica de un individuo o individuo un matrimonio bendecido por los cánones cristianos.

Pronto a los dos más ambiciosos les pareció “prescindible” el neutro de **Lépido** y le asignaron, suponemos que con recochineo, la importante misión de encargarse de los asuntos religiosos y, posteriormente, de África.

**Marco Antonio** y **Octaviano** se repartían así el Imperio en el convenio de Brindisi asignándose, el primero, el gobierno de Oriente y, el segundo, todo Occidente.

Aparentemente Oriente era una perita en dulce para el bueno de **Marco Antonio** pero la realidad se empeñó en demostrarle que las oligarquías locales sometidas no estaban por la labor, que el reino parto se crecía por momentos y que el saneamiento de la compleja economía oriental no podía hacerse a golpe de *pilum*.

Encima, **Octaviano** empezó a hacer sus pinitos en técnicas de intoxicación informativa y propaganda protegiendo escritores afines a sus objetivos a quienes pagaba sus servicios. Su ideólogo fue **Mecenas**<sup>98</sup> un conocido escritor vendido a su causa que creó el primer servicio secreto de información con una clara misión: despotricar a diestro y siniestro de su rival.

Gracias a sus investigaciones pudo correr un típico bulo de faldas y poder que perjudicó, sobremanera, la imagen pública de **Marco Antonio**.

Según el mamón de **Mecenas** la gran cultura, excelentes dotes políticas y las tetas de **Cleopatra** (véase, detenidamente, la Ilustración 17) habían seducido a **Marco Antonio** hasta el extremo de pactar el cambio de la capital del Imperio romano a Alejandría. Además, desveló el testamento secreto de su hermanastro donde aparecía claramente ciertas concesiones territoriales a los hijos de la interfecta.

Soltado el pastel, a **Octaviano** tan sólo le restó esperar un poco a que se calentara el ambiente y justificar así una de

---

<sup>98</sup> Origen del término “mecenazgo”.



esas típicas batallitas “patrióticas”. El enfrentamiento tuvo lugar en tierras de Accio (31 adC) obligando a los dos tórtolos a largarse a Egipto con el rabo entre las piernas (al menos él) y dejando en el campo de batalla un desmoralizado ejército que acabó entregado al enemigo.

La posterior campaña de Alejandría (30 adC) resultó un paseo militar para **Octaviano**. Ante la catástrofe que se le venía encima **Marco Antonio** optó por suicidarse y **Cleopatra** lo haría días más tarde al comprobar que el ambicioso de **Octaviano** no se atenía a razones ni pactos.

Solucionada la papeleta se asistió a una de esas situaciones tan características de otras especies animales: el hijo mayor de **Cleopatra** fue asesinado para evitar que sus genes pasaran de ahí y, los menores, llevados a Roma para ser exhibidos como prisioneros en la celebración del triunfo.

En 27 adC **Octaviano** puede, por fin, nombrarse jefe único del Imperio dedicándose a coleccionar nombres raros de postín para satisfacer su ego como el de *Imperator* (controlaba todo el poder militar), *Caesar*, *Augustus*, *Pontifex Maximus* (máxima autoridad religiosa), *Tribunicia potestas* (encargado de velar por los intereses del pueblo) y *Pater Patriae* (padre de la patria).

**Augusto** (a partir de ahora lo llamaremos así para respetar su voluntad megalómana) creó las bases de una nueva administración para Italia y provincias imperiales, convirtió a Roma en la ciudad europea por excelencia<sup>99</sup>, actualizó los censos y creó un sistema de reparto gratuito de alimentos entre los romanos.

---

<sup>99</sup> Llegó a crear un cuerpo de guardianes, similar a los bomberos actuales, para luchar contra esa tonta tendencia de la ciudad a quemarse continuamente.

Pero **Augusto** tenía un defectillo muy típico de los políticos tocados de una supuesta áurea mística: se creía destinado “*a conservar la pureza del pueblo romano, sin contaminación de sangre peregrina o servil*”.

Para ello se entregó con entusiasmo a una minuciosa selección de los senadores obligando a que éstos fueran de ilustre familia y rancio abolengo, estuvieran libres de condenas y, por descontado, tuvieran una inmensa fortuna.

Para **Augusto** todos los pintas integrados en las órdenes *ecuestre, senatorial y decurional* debían ofrecer modelos de familia y costumbres moralmente “intachables” persiguiendo con saña a los matrimonios de conveniencia, los sucios adulterios y a los solteros pertinaces aunque ello implicara condenar a su propia hija **Julia**, de vida un tanto licenciosa.

Esta línea carca la mantuvo su sucesor **Tiberio** quien llegó a legislar en aspectos que quizás hoy nos sorprenda por lo avanzado que estuvo en su tiempo. Por ejemplo, fue un luchador incansable contra el consumismo y el despilfarro de las clases acomodadas las cuales, según él, no hacían más que justificar la búsqueda corrupta de ingresos extraordinarios para satisfacer unas necesidades superfluas e inmorales.

**Tiberio** llegó a prohibir que los hijos de senadores y caballeros fueran contratados como gladiadores o artistas de teatro<sup>100</sup>, que las relaciones sexuales camparan a sus anchas por ahí (incluida la prostitución), que los gobernadores provinciales se convirtieran en personajes corruptos y mafiosos y, por último, puso en marcha la típica persecución contra los judíos que tanto se ha llevado a lo largo de la Historia de esta Humanidad.

En cuanto a su política exterior supo acoger en su seno la efectividad militar de un tal **Germánico** quien se entregó

---

<sup>100</sup> Profesiones ambas “indignas” para la clase a la que pertenecían.

con entusiasmo a masacrar, sin previa declaración de guerra, a todos los pueblos bárbaros que habitaban la frontera norte del Rin. **Germánico** continuó sus correrías como asesino patriótico por todo Egipto hasta que a alguien se le ocurrió envenenarlo para tranquilidad de tanto campesino inocente.

Cuando el emperador **Tiberio** la palma se pudo comprobar la escasa aceptación que tuvo su figura entre todas las clases sociales al prosperar una iniciativa que intentaba tirar su lozano cuerpo al río Tíber ("*Tiberius ad Tiberim*", decían los muy desagradecidos).

Para alegría de trepas y conspiradores **Tiberio** no tomó las precauciones necesarias para efectuar una sucesión al trono sin traumas. Ello hizo que apareciera en escena, no se sabe cómo, el hijo de **Germánico** como candidato al trono por "sugerencia" de la peligrosa guardia pretoriana.

Este estilo amenazante de imponer un hombre desde las filas militares se consolidó como modelo habitual en el Imperio romano partir de entonces, con las típicas inestabilidades e injusticias que los "pollos" provocan cada vez que meten sus narices en política.

El elegido fue un mocoso de veinte años sin experiencia en gobiernos de ninguna clase y a quienes los militares llamaban, con cariño, "*botita caligula*" aunque su verdadero nombre era **Cayo César Augusto Germánico**.

A decir de los estudiosos, **Calígula** poseía una alta dosis de inmadurez y desequilibrio psicológico posiblemente originada por una grave enfermedad sufrida tras un intento de envenenamiento o, quizás, por los continuos ataques de epilepsia que sufría.

**Calígula** se sintió tan a gusto en su cargo que se dedicó a tratar a los senadores como si de una corte oriental se tratara, obligándolos a presentarse ante él con humildad, reverencia y

respeto. La adulación, el peloteo y la capacidad de soportar cuantas humillaciones estimara oportuno se convirtieron en la única arma válida por los senadores para seguir en unos puestos que hacía y deshacía a su antojo.

Su obsesión fue la búsqueda enfermiza de la popularidad entre la plebe realizando repartos extraordinarios de dinero, costeando juegos y espectáculos y dándoles aquello que tanto se les negó con los dos emperadores anteriores: sexo a espuestas autorizando, incluso, la instalación de un prostíbulo en el mismísimo Palatino.

No contento con tanta fama decidió divinizarse en vivo obligando a usar sus bustos como figura divina para las oraciones en los templos (se tocó de barba dorada, atributo de los dioses según las mitologías romanas).

Otro de los rasgos más novedosos del gobierno “caliguliano” residió en su particular política de fronteras. Mientras **Augusto** y **Tiberio** continuaron la línea marcada por **Marco Antonio**, manteniendo un entramado de reinos clientes en los bordes; **Calígula** se entretuvo devolviendo a reyes amigos tierras e impuestos cobrados (como a **Comagene**, uno de sus íntimos).

**Calígula**, por fin, es asesinado en el año 41 por miembros de la misma guardia pretoriana que le puso en el cargo y con la aquiescencia de un amplio grupo de senadores harto de tantas humillaciones. Su mujer e hija sufrieron la misma suerte.

Los pretorianos tomaron a su tío **Claudio** y el Senado accedió a su nombramiento sin rechistar (se dice que su elección fue fruto del azar y el oportunismo al encontrárselo, escondido y acojonado, tras unas cortinas viendo cómo se cargaban a su sobrino).

Este muchacho, cojo y tartamudo, intentó enderezar algo el modelo político precedente volviendo a criterios augústeos mediante medidas tan “sanas” como persecuciones contra judíos (otra vez), lucha contra religiones no oficialistas (el cristianismo ya apuntaba) o devolución de posesiones a senadores desterrados en época caliguliana.

Sin embargo, todas esas buenas intenciones se vieron truncadas por culpa de las intrigas que generaban sus esposas alrededor suyo.

Cuando **Claudio** llegó al gobierno ya estaba casado en terceras nupcias con **Mesalina**, mujer que se acostaba con media Roma y a la que no le quedó más remedio que asesinarla cuando se enteró que tramaba cargárselo.

Su sucesora de alcoba fue una tal **Agripina**, sobrina de éste y muy dada a los cotilleos, que consiguió del cojo una adopción legal para el inútil de su hijo **Nerón (Lucio Domizio Enobardo)**, emponzoñándolo vivo minutos más tarde para dejarle expedito el camino a su descendiente.

Y el Senado, coaccionado por las formas que gastaban los pretores, aceptó de mala gana al mocoso de **Nerón** como emperador de Roma a la tierna edad de diecisiete añitos.

Evidentemente, la primero que hizo **Nerón** fue ventilarse al hijo legítimo de **Claudio, Británico**<sup>101</sup>, para evitar la posible creación de algún grupo poderosos con aspiraciones al poder.

Más tarde decidió que era necesario ahogar a su propia madre en un naufragio inventado y, posteriormente, al mismísimo **Séneca**, un filósofo estoico de origen hispano y senador a quien se le había encargado la imposible misión de educar al gordinflón.

---

<sup>101</sup> De quien se sospechaba que no era hijo suyo, sino de **Calígula**.

Liberado del enorme peso que suponía tener a tanto listo alrededor suyo **Nerón** se pudo embarcar (con el beneplácito de los militares) en toda una carrera hacia la autoexaltación de su figura atribuyéndose virtudes “sobresalientes” que le situaran por encima del Senado.

Su innegable y vasta cultura<sup>102</sup> le permitió inventarse, él solito, su propio modelo político centrado en dos principios básicos: la autoconsideración de su superioridad basada en la clemencia, la equidad y la bondad; y la importancia que le dio a la cultura helenística.

Sólo cuando el exceso de gastos puso en apuros al erario público empezó a tambalearse algo su programa político al verse obligado a confiscar las fortunas de los senadores más ricos para costear tanta orgía y festines culturales.

En el mes de julio de 64 se declaró un gran incendio en Roma hipotéticamente fortuito (se producían con mucha asiduidad desde hacía tiempo) y **Nerón**, que se encontraba fuera de la ciudad, se apresuró a volver a Roma donde organizó las medidas de protección de las familias que habían quedado sin hogar ni medios de vida.

Pronto se culpó desde el poder a los cristianos de tal barbarie pero la realidad es que esa comunidad no era aún muy numerosa y permanecían divididos (como ahora) en judíos tradicionales y seguidores de un tal **Jesús**.<sup>103</sup>

<sup>102</sup> Escribía poesía (mala, pero poesía), daba recitales y ejercía de actor.

<sup>103</sup> El que los cristianos se reunieran en lugares de culto propio y no participaran de las prácticas religiosas públicas en honor a los dioses romanos, su idea de la comunión... era interpretado por muchos como un indicador de estar vinculados a rituales mágicos y, por lo tanto, enemigos del “género humano”. La persecución de **Nerón** fue dura e incluyó condenas a luchar contra las fieras en juegos de circo. Ahora bien, la propaganda cristiana de la Iglesia que más tarde se impondría, acabó desorbitando los hechos al presentar esta primera persecución como el modelo de todas las posteriores, como si el Estado romano hubiera

De hecho, los judíos cultos y helenizados fueron partidarios de la colaboración con Roma a pesar de las persecuciones previas y no veían contradicción entre el seguimiento de su Ley y su dependencia política.

Es importante reseñar que las capas empobrecidas de la población veían con igual odio tanto a los oligarcas judíos como romanos sin que tampoco se pueda decir, con rigor, que los judíos fueran “peritas en dulce” al poderse constatar documentalmente la existencia de bandas armadas (los zelotas) que luchaban contra las tropas romanas de ocupación.

Desde luego los romanos no mostraron ninguna “educación” con ellos. Los procuradores romanos de Judea decidieron en el año 66 confiscar los tesoros del Templo y la rebelión, claro está, se extendió a todos los territorios judaicos. Fue entonces cuando **Nerón** nombró a **Vespasiano** para que pusiera algo de orden y éste, aldea por aldea y como ya llevaban haciendo desde hacía siglos en todas partes, fue eliminando todos los focos de resistencia en plan salvaje.

---

perseguido sistemáticamente a todos los cristianos y como si cada persecución hubiera sido una simple e indiscriminada aplicación de condenas sin juicios previos. Tal visión errónea de se encuentra aún entre muchos seguidores y adecuadamente mantenida por las instituciones eclesiásticas.

Destacar por último la tremenda inconsistencia del movimiento cristiano en los primeros momentos con la presencia de comunidades enfrentadas que hacían su particular interpretación (fariseos, saduceos...) de la Ley. De ellas es curioso señalar una muy rigorista denominada “comunidad del



**Ilustración 18. Agresivo estilo usado por Jesús para hacer ver a sus feligreses que eso de forrarse dentro de los templos estaba muy feo. Estas formas y modales tan poco ortodoxos pronto pasaron a un discreto segundo plano en cuanto la Iglesia maquilló adecuadamente la figura del muchacho. (*Jesús expulsando a los mercaderes del Templo*, Jordanes hacia 1650).**

Mar Muerto o *Qumran*” dado el impresionante paralelismo ideológico con la doctrina pura de **Jesús**: enemistad manifiesta con los sacerdotes oficiales de los judíos, expulsión de los mercaderes de los templos<sup>104</sup>, etc.

<sup>104</sup> Estúdiense su figura a través de, por ejemplo, la lectura del *Apócrifo de San Juan*.



La figura de **Nerón** se encuentra íntimamente ligada a la represión sufrida por los cristianos en sus inicios pero esta gente no representó peligro alguno para el Imperio ni fueron considerados más “desestabilizadores” que el resto de movimientos místicos y mágicos que por entonces convivían con la religión oficial.

El que este movimiento llegara a controlar las esferas de poder imperial más adelante hay que achacárselo, evidentemente, a la inoperancia de una civilización corrupta y desorientada y a la innegable capacidad de adaptación de un movimiento que acabaría haciendo más salvajadas que las que sufrieron ellos en sus carnes.

Pero el siempre admirado Imperio romano siguió, tras el suicidio de **Nerón**, en la misma línea barriobajera que le caracterizaba...

La infumable guardia pretoriana siguió particularmente interesada en mantener su control político a través de la figura de un tal **Galba**, a quien se vieron obligados a “suicidarlo” poco más tarde en vista de su grado de incompetencia.

El error pretoriano intentó aprovecharlo el Senado para imponer a su emperador, **Otón**, mientras las tropas germánicas se sacaban de la manga a otras figuras (un tal **Vitelio**) con el que procuraron evitar la victoria senatorial.

Corregida convenientemente esa tonta tendencia senatorial a meterse en cosas que no le importaban se instalaron en el poder la saga de los “flavios” instaurando una nueva moda que se alargaría hasta los últimos días del Imperio: a partir de ahora, serían los oligarcas provinciales quienes se sucederían en el cargo de emperador, previa desastrosamente batallita entre los que se creían con derecho a ellos.

Los “flavios” iniciaron su periplo autoritario con un tal **Tito Flavio Vespasiano** (alias **Vespasiano**) un tío de esos coherentes, cabales y con cierto apego a la realidad que de vez en cuando nos regala la Historia.<sup>105</sup>

Su sentido de la “cabalidad”, sin embargo, no le impidió seguir convencido de que a los pollos hay que prestarle más atención que a los senadores forzando a los últimos a decretar una ley con su nombre (la *Lex Vespasiani*) que venía a decir algo así como que era un “humano no sujeto a leyes” y, por lo tanto, ajeno a los designios de los mortales.

**Vespasiano** y su tierna descendencia se presentaba de esta forma en sociedad vendiendo la moto de ser una monarquía augusta, dotado de poder supremo y con capacidad para convertir el Senado en un elemento puramente decorativo y sin poder efectivo.

Para lograr esa interesada ineficacia no se les ocurrió otra cosa que llenar el Senado de pintas procedentes de las oligarquías provincianas lo que acabará provocando, más adelante, que surjan emperadores de la talla de **Traiano** y **Adriano**, ambos de origen hispano, dispuestos a demostrar que un hispano sabe estar siempre a la altura de las circunstancias.

Tras papá **Vespasiano** le sucedieron su hijo mayor con el mismo nombre (alias **Tito**) y el menor, **Tito Flavio Vespasiano** (alias **Domiciano**).

Fue una época caracterizada por el enorme esfuerzo empleado en la creación de infraestructuras urbanas en la ciudad de Roma. La urbe se había convertido ya en una masa de casi un millón de humanos deambulando de un lado para otro y los flavios consideraron oportuno distribuir alimentos

---

<sup>105</sup> De esta época data la figura de los “esclavos libertos”, una nueva clasificación humana consistente en dar mayores cotas de libertad a ciertos campesinos al descubrirse que este incentivo proporcionaba más rendimiento laboral (si no de qué).

gratuitos entre la plebe (cerca de doscientos mil vivían en la absoluta indigencia), tenerlos tranquilos con jueguecitos sangrientos (construyeron el Coliseo, el mayor anfiteatro del Imperio) y garantizarles el suministro de agua mediante la construcción de los famosos acueductos.

La dinastía flavia se vio cortada tras el repentino y sentido asesinato de **Domiciano** obligando a los trepas del lugar a “inventarse” un nuevo modelo de sucesión que justificara su acceso al trono. Para ello tuvieron la feliz idea de aplicar lo que denominaron “adopciones”, consistente en asignar en vida a un sucesor a emperador por muy peregrina que fuera su vinculación con el sustituido.

El primero en la lista de adoptados fue **Cocceyo Nerva** (96-98), una especie de eslabón entre flavios y los nuevos sucesores. **Nerva** se cuidó muy mucho de tener tranquilos a los seguidores de un fenecido **Domiciano** que había conseguido tener de su lado al pueblo (con tanta fiesta y regalos), a los pretores<sup>106</sup> (eran los mafiosos que controlaban el cotarro) y a un Senado previamente asestizado.

Sin embargo, no logró impedir la vuelta de antiguos senadores exiliados ni la aprobación de una *lex agraria* que entregaba parte de las tierras estatales a los campesinos. La enorme justicia que se hacía con esta ley hizo que los pretores vieran con buenos ojos su repentina muerte (estuvo sólo dos años en el poder) y el nombramiento de **Ulpio Trajano** como emperador.

**Trajano** es el primer tío importante de la Historia de origen hispano (nació en Santiponce, Sevilla) dedicado en cuerpo y alma a intentar utilizar el aparato administrativo para

---

<sup>106</sup> Para aplacar el gusto de las legiones por la bulla decidió inventarse una paga extraordinaria a los soldados que denominó *donativium*.

equilibrar las desigualdades entre Italia y las provincias, sin distinción entre orientales y occidentales.

Este reequilibrio territorial no fue mal visto por las oligarquías senatoriales (eran todos de provincias) lo que le permitió cierto margen de maniobra y la posibilidad, siempre peligrosa, de irse por ahí a batallar sin riesgo de sucumbir en algún salvaje golpe de Estado.

Para pasar a la posteridad decidió guerrear con **Decéballo**, rey de Dacia (actual Rumanía), muy dado a meterse en las fronteras imperiales cuando le daba la gana. En el año 101 cruza el andaluz el Danubio como pudo e, incluso empapado, logra vencerle (él no, sus legiones) haciendo acopio de un generoso e impresionante botín y anexionándose todo el territorio. **Decéballo**, viendo impotente la de romanos que se le venían encima, decidió suicidarse previo incendio con fuego de su capital, Sarmizegetusa.

Estos estados momentáneos de euforia colectiva provocados por unas victorias cada vez más espaciadas en el tiempo, fueron apagándose con la aparición de otro andaluz en escena algo más tranquilo aunque, como todos los emperadores, pelín bruto: **Aelio Adriano**.

El muchacho, a simple vista, parecía buena persona sacándose exenciones fiscales a quienes pusieran en marcha tierras no cultivadas (el Estado garantizaba la compra de parte de la cosecha) o arrendando a particulares la explotación de pozos y minas. Este modelo de intervencionismo estatal tranquilizó algo las tensiones internas permitiéndose el lujo de dar garbeos por ahí visitando Germania, Britania, Hispania, Mauritania, Grecia...

Pero su amplia visión de un mundo heterogéneo adquirida en sus numerosos viajes se iba a garete cada vez que le mentaban a los judíos (otra vez). Al parecer estos señores

volvieron a las andadas y se constituyeron en bandas armadas que hostigaban sistemáticamente a las tropas romanas. **Adriano** decidió reprimirlas militarmente (y ya sabemos lo que eso significa) ventilándose en un suspiro la propia Jerusalén y cambiándole el nombre, Aelia Capitolina, para ver si así se olvidaban de sus folloneros antepasados.

En el 129, además, decidió erigir un templo pagano en honor de Zeus/Júpiter justo en el lugar donde se ubicaba el Templo de los judíos.

Aun así, la guerrilla judía siguió con lo suyo y llegó a adueñarse de nuevo de Jerusalén lo que provocó las iras de un sevillano poco amigo de los cristianos (cómo cambian las cosas) decidiendo borrar, literalmente, el nombre de Judea del mapa y anexionándose, por el morro, a la provincia de Siria.

Es a partir de su desaparición cuando podemos hablar ya de un punto de inflexión a partir del cual el modelo político/moral cristiano empezará su recorrido ascendente hasta llegar a las impresionantes cotas de poder harto conocidas por propios y extraños (sobre todo por los pobres pueblos que tuvieron que sufrir, más adelante, su cerril intransigencia).

Pese a todo, los inicios fueron tenues aunque significativos: fue el siguiente emperador romano, **Aurelio Fulvo Boionio Arrio Antonio** (vulgarmente conocido bajo el nombre de **Aelio Adriano Antonio** o, mejor aún, **Antonio Pío**) quien, en un tonto acto de imprevisibles consecuencias, decidió hacer un reconocimiento público a los nuevos cultos orientales. Esto permitió la progresiva expansión de un modelo cristiano muy atractivo para las clases pobres dadas sus innegables connotaciones revolucionarias y de enfrentamiento con el poder estatuido.

Su sucesor, **Marco Aurelio Vero** (alias **Marco Aurelio**), descendiente de una potente familia hispana de

Ucubi en Córdoba, ignoró completamente el movimiento cristiano no decretando ninguna persecución contra ellos y dejando a los magistrados del Imperio que condenaran a aquellos que considerasen traidores a los intereses romanos.

Paralelo a estos gestos de relajación hacia las formas cristianas se producía una progresiva orientalización de los órganos de poder y, por extensión, del mundo occidental. De esta forma entraban en escena estilos e ideologías “distintas” y consentidas por emperadores que empezaban a flojear en la defensa de un Imperio obligado a redefinirse para sobrevivir a tanto desmán.

Es interesante reseñar la existencia ya en el siglo II de algunos elementos cultos y burgueses afines a la ideología cristiana crecidos al amparo de las ciudades y sus diferentes tribus urbanas. Pero pese a la relativa “intelectualidad” que aportaron estos pocos tíos al movimiento, fueron los soldados licenciados (pelín burros), los comerciantes (unos peseteros) y los esclavos y libertos (poco tenían que perder) los propagandistas más activos de unas asociaciones religiosas creadas al amparo de una nueva ley que les permitía realizar las primeras reuniones dando la cara (las sinagogas judías se agarraron pronto a este régimen asociativo).

La consolidación de este insignificante grupúsculo de humanos dispuestos a poner patas arriba los valores de siempre corría parejo al inexorable declive de un Imperio metido en ciertos modelos corruptos típico de culturas dispuestas a “morir de éxito”.

La cosa se acentuó sobremanera con la desaparición del último emperador Antonio, un tal **Cómodo**, puesto en el sillón presidencial a los diecinueve añitos y convenientemente asesinado poco después tras un pacto entre senadores y pretores.

En vista de lo inútil que fue colocar a un adolescente en el cargo probaron con un viejo, **Pertinax**, para ver si así podían hacer y deshacer a su antojo. Pero al anciano le entró tanto flojera en su nueva condición de emperador que fue incapaz, siquiera, de contentar a los que se supone que estaban contentos con su nombramiento.

Puestos a seguir tanteando, y tras el oportuno suicidio del abuelo, colocaron a la fuerza a un acojonado **Didio Juliano**... Pero la imagen de ser una corte senatorial frágil, chapucera y fácil de manipular empezó a cuajar de nuevo en la mente de unos legionarios con ganas de mandar a costa de lo que fuera.

Fue así como el ejército, por su cuenta y como siempre, proclamó emperador a **Septimio Severo** con el encarguito de marchar hacia Roma a ventilarse a los inútiles de los senadores.

El sólo hecho de escuchar el rumor de su llegada hizo que los mismos pretorianos que habían aupado al poder a **Didio** (el acojonado que se las veía venir) se lo cargaran abrazando entusiasmados el nuevo poder militar procedente de las provincias.

**Septimio** tuvo pocos problemas para hacerse con el control político de Roma (los que hasta ahora habían mandado eran todos unos lameculos) y emprendió su particular campaña de pacificación recorriendo a caballo todo Oriente.

Y salvo una pequeña batalla en la que se enfrentó a un insurrecto **Albino**<sup>108</sup>, arengador de campesinos en Britania y las Galias, todo le fue muy tranquilo hasta que le pasó lo que les pasa a los que salen tanto por ahí: la palmó de una rara enfermedad en febrero de 211.

**Septimio Severo**, sin embargo, consciente de los riesgos de morir sin previsión sucesoria ideó un modelo

---

<sup>108</sup> Se nos suicidó en Lyon cuando vio que poco podía hacer.

pacífico de transmisión de poder que recayó en sus infumables hijos, **Caracalla** y **Geta**, quienes recibieron el título de “césares” al alimón.

Es de suponer que el paternal amor profesado por papá **Septimio** a sus hijos en vida no le impidió ver la enemistad que entre ellos se profesaban y, es de suponer también, que el asesinato de **Geta** por **Caracalla** un año más tarde, se veía venir.

El gobierno “caracallesco” no fue más que un enorme juego de rol a gran escala de batallitas contra los partos hasta que un soldado, harto ya de tanto corretear por ahí muerto de hambre, en calzones y sin cobrar un sestercio, decidió cargárselo para mayor gloria del responsable intelectual del asesinato, un tal **Opelio Macrino** al que se le premió con el cargo de emperador a pesar de su humilde condición ecuestre.

Y cuando éste se creía que todo era miel sobre hojuelas, va la viuda de **Septimio** y se lo carga cediéndole la responsabilidad del Imperio a un tal **Aurelio Antonio** (alias **Heliogábalo**<sup>109</sup>), elegido emperador con catorce tristes años.

El niño, a su vez, es asesinado para nombrar a **Alejandro Severo** quien, una vez pone sus posaderas (o culo) en el sillón presidencial, se lo ventilan los soldados para seguir con el entretenido juego de los “emperadores interinos”.

Contra este impresentable estilo de gobernar cutre y barriobajero se alzaron algunas voces de ilustres personajes que ya creyeron contar con un nuevo modelo de entender el gobierno de los humanos: el cristianismo.

A partir de 235, encima, el Imperio está amenazado por todos lados: el redivivo Imperio persa atacado por el sureste, la confederación de pueblos godos en la cuenca del Danubio y las

---

<sup>109</sup> Autoapodado así porque en su imberbe mocosidad pretendía ser sacerdote del dios Heliogábalo.



bandas de pueblos germanos corriendo a gorrazos a los romanos por todo el Rin.

Veinticinco emperadores en cincuenta años no lograron que francos y alamanes traspasaran las fronteras imperiales, arrasaran parte de sus tierras y se plantaran en la mismísima península itálica e Hispania.

El coste de mantener tantas mini-guerras fue impresionante. Se calcula que en 290 habían cuatrocientos mil tíos divididos en sublegiones dispuestos a luchar al estilo "razzia" para mantener a los bárbaros fuera de las fronteras.

Y tanto pollo luchando por ahí era sufragado por las clases bajas, lo que convertía al Estado en un poderoso elemento extorsionador mientras los emperadores se sucedían sin solución de continuidad hasta la aparición de **Aurelio Valerio Diocleciano**, uno con algo de luces en sus proyectos.

La reforma del Estado emprendida por **Diocleciano** fue necesariamente importante revelando las grandes dotes de estadista y militar que tenía el muchacho. Él sólo llegó a la conclusión de que tantos follones no podían resolverse con el poder en manos de un único emperador, así que procedió a la elaboración de un sistema político, la tetrarquía, que sin ser totalmente nueva presentaba algunos perfiles propios y adecuados al momento.

En 286 nombró a un segundo emperador asociado a él, **Aurelio Valerio Maximiano**, al que le encomendó la solución de los problemas de Occidente; mientras **Diocleciano** procuraba sofocar los follones en Egipto.

Siete años más tarde, y en vista del éxito que suponía compartir tareas entre varios emperadores, optó por elegir a dos más para que se comieran los marrones entre cuatro: **Galerio Valerio Maximiano** y **Flavio Valerio Constancio**. Al primero

se le asignó el control real del Mar Negro hasta los Alpes y, al segundo, de la Galia a Britania.

Para reforzar la unidad política entre ellos se establecieron diversas alianzas matrimoniales forzosas que acabaron uniendo a los césares en un complejo entramado de intereses conjuntos. **Galerio** se casó (o lo casaron) con **Valeria**, hija de **Diocleciano**; y **Constancio**<sup>110</sup> casáronlo con **Teodora**, hija de **Maximiano**.

Una de las reformas dioclecianas de más trascendencia histórica fue la reorganización provincial del Imperio en doce circunscripciones o diócesis que, con el tiempo, acabaron definiendo la mayoría de los estados europeos actuales.

El enorme control administrativo que esto suponía creó una maquinaria burocrática lenta y pesada que lastró los últimos siglos del Imperio y obligó a quienes controlaban el cotarro a poner en marcha la figura de los "funcionarios itinerantes", auténticos espías del emperador.

**Diocleciano**, además, empezó a percibir la economía como una materia a la que se le debía prestar cierta atención. Fue así como inventó lo del *Edicto de Precios*, una especie de control estatal del precio de los productos más importantes para que no se desmadraran (amenazando de muerte a quien lo contraviniera); y el impuesto de capitación, un sistema que fijaba la carga impositiva sobre las unidades territoriales (*iuga*) del interfecto más los trabajadores que a ella estuviera ligados por cojones.

Tras la abdicación de uno de ellos, a un tal **Majencio** no pareció gustarle mucho eso de haber sido ignorado en la sucesión y se hizo amigote de los pretorianos (hartos del nuevo

---

<sup>110</sup> Que antes había vivido con **Helena** y con la cual tendría un hijo que más tarde se convertiría en el emperador **Constantino**.

sistema impositivo sobre las tierras) para reclamar su derecho al trono romano.

Pero la conferencia de Carnuntum, en 308, convocada *ex profeso* para ver qué leches se hacía sirvió de bien poco al sublevarse un tal **Alejandro**, vicario de África, en nombre de **Constantino** (hijo de **Constancio**) cortando el envío de grano a Roma y matando a cerca de seis mil romanos con la broma.

Y como era de esperar la neura hereditaria de **Majencio** se las tuvo que ver con el iluminado de **Constantino** (a quien, según dicen, se le llegó a aparecer el mismísimo Apolo, en 310, en medio de "*visiones sobrenaturales de símbolos celestes*").

El destino del planeta volvía a quedar en manos de unos locos que se liaron a hostias en el Puente Milvio y que acabó ganando el más tonto convencido de que el puñetero puente caería cuando pasaran sus enemigos por encima gracias a una "visita" onírica de vaya a usted a saber qué dios.

Lo cachondo es que el puente se vino abajo y **Constantino** acabó haciéndose con el control total del Imperio occidental proclamándose *Maximus Augustus*.

Sin desgañitarse mucho gracias al respeto que le provocó esa casualidad, el muchacho disolvió la peligrosa guardia pretoriana, promulgó la libertad religiosa y restituyó a los cristianos los bienes confiscados con anterioridad por **Diocleciano** (el mal llamado *Edicto de Milán*).

Sin embargo, su acercamiento al cristianismo no fue fruto de una profunda convicción personal sino el resultado del enorme trabajo de persuasión de los obispos que le prometieron borrar todos sus pecados si se bautizaba.

En cualquier caso lo cierto es que ayudó (y mucho) a la emergente Iglesia católica autorizando donaciones y herencias, subvencionando la construcción de templos y creando el tribunal episcopal para que todo buen cristiano fuera juzgado

siguiendo los cánones católicos (ser el embrión de la tétrica Inquisición y causante de la duplicidad jurisdiccional que pervivió tanto en países carcas como el nuestro: la secular y la eclesiástica).

Palmado el iluminado el 22 de mayo de 337 sus tres hijos legítimos se dispusieron a carroñear el Imperio: **Constantino II** se puso al frente del Imperio Occidental, **Constancio II** el Oriental y a **Constante**, el menor, lo mandaron a gobernar el Ilírico.

Como era de esperar a este último no le convenció mucho la idea de pasar a la Historia como "rey ilírico" y decide invadir Italia cargándose a su hermano a pesar del ferviente catolicismo que fluía por sus poros.

Tanto poro empapado de religión no le impidió enfrentarse, de nuevo, con su otro hermano aunque esta vez sus ángeles custodios le hicieran una jugarreta: murió en una batallita perdida por las Galias.

Y en vista de lo bien que lo hacían los nuevos capos de Europa a pesar de los cambios ideológicos sufridos con la entrada del cristianismo a las esferas de poder, van los francos y alamanes y deciden empezar a quedarse con tierras del Imperio.

Un tal **Flavio Claudio Juliano** procedió al advenimiento de la dinastía valentiniana de la mano de **Valentiniano I** quien, en su paganismo militante, optó por conceder la libertad de culto y permitir que otras religiones convivieran con la cristiana (ahora se cabrearon los obispos).

Este militar de escasa talla cultural acabó enemistándose con senadores y clérigos ("*los favores acordados a algunos perjudican sobre todo al pueblo*", decía) y todas sus iniciativas tendentes a igualar derechos entre ricos y pobres se va al traste en cuanto la palma en 375.

Con su muerte es **Graciano** quien queda como nuevo monarca de Occidente. Pero fue tan inestable que algunos sectores proclamaron por su cuenta a **Valentiniano II** como emperador augusto aunque presentara una ligera "inconveniencia": sólo tenía cuatro años.

**Graciano** acabó creciendo y destacando por su mediocridad y palmaria inutilidad hasta que al otro lado del Imperio aparece uno de esos personajes que siempre nos regala la Historia a los españoles: **Teodosio**.

Siempre que un individuo nacido por estas tierras acaba tomando el control de algo es por la profunda



**Ilustración 19. Incomprensible monumento a Teodosio para ensalzar su "egregia" figura.**

descomposición en la que se encuentra el sistema y la desesperación con que los poderes fácticos ultraconservadores intentan mantener, a costa de lo que sea, su estatus.

El enfermizo empeño teodosiano por "aguantar" sin cambios el modelo directivo estatal se fundamentaba en una obsesiva religiosidad (muy de aquí la cosa) y en una incapacidad por priorizar los problemas que acuciaban al Imperio (se cuenta que durante las invasiones visigodas entre el Danubio y los Balcanes nuestro **Teodosio** andaba preocupado por reglamentar los trajes que ¡debían llevar los senadores!).

**Teodosio** tuvo la desgracia, años más tarde, de conocer a un tal **Ambrosio de Milán** (obispo él) quien, bajo la permanente amenaza de excomulgarlo, logró que el Imperio se dedicara a promulgar leyes contra el adulterio, los divorcios o los homosexuales.<sup>111</sup>

El exceso de celo religioso en un tío tan fanático como **Teodosio** se acrecentó con las ambiciones de poder ambrosianas convirtiendo la maquinaria estatal en una poderosa herramienta jurídica a favor de los intereses eclesiásticos.

Nuestro paisano definió muy bien su línea programática una vez accedió al poder:

*“Todos nuestros pueblos... deben adherirse a la fe transmitida a los romanos por el apóstol Pedro, la que profesan el pontífice **Dámaso** y el obispo **Pedro de Alejandría**... o sea, reconocer, de acuerdo con la enseñanza apostólica y la doctrina evangélica, la Divinidad una y la Santa Trinidad del Padre, del Hijo y*

---

<sup>111</sup> Llegó a prohibir los Juegos Olímpicos (eran pura escatología), visitar templos paganos y venerar estatuas no cristianas

*del Espíritu Santo. Únicamente los que observan esta ley tienen derecho al título de cristianos católicos. En cuanto a los otros, estos insensatos extravagantes, son heréticos y fulminados por la infamia, sus lugares de reunión no tienen derecho a llevar el nombre de iglesias, serán sometidos a la venganza de Dios y después de la nuestra...”*

Código Teodosiano 16, I, 2  
*Edicto de Tesalónica*, 28 de febrero de 380

El grado de sumisión teodosiana hacia las formas impuestas por **Ambrosio** proporcionó una de las escenas más patéticas de la Historia: un emperador postrado y de rodillas ante un obispo.

Y quienes pagaron el precio de semejante alianza entre dos candidatos a ocupar plaza en cualquier frenopático fueron, como siempre, el pueblo llano que se vio obligado a soportar una impresionante represión militar, económica y, cómo no, en sus costumbres... sexuales.

La comunión obispo/emperador instauró un raro modelo social (del que todavía quedan residuos) donde la sexualidad se convertía en razón de Estado y algo “impuro y despreciable”.

Rápidamente exaltaron la castidad como un símbolo de pureza espiritual considerando el acto sexual como algo pecaminoso, incluso dentro del matrimonio. Las relaciones sexuales debían ceñirse a la procreación evitando la visión del cuerpo desnudo y procurando minimizar el placer a lo “imprescindible” (llegaron a diseñarse unas extrañas vestimentas, a modo de capas blancas con un solo orificio para la penetración, para poder foliar “*en comunión con Dios*”).

La pléyade de obispos que alcanzaron las más altas cotas de control sobre los humanos de Europa pronto echaron mano del Antiguo Testamento para argumentar lo que les dio la gana bajo amenaza de los más fantásticos castigos imaginables (y siniestros destinos ultraterrenos) tras la muerte del pecador:

*“no pecarás con la mujer de tu prójimo ni te contaminarás con tal unión”*

Levítico XVII, 20

*“no cometerás pecado de sodomía porque es una abominación”*

Levítico XVII, 22

*“nadie se juntará carnalmente con su consanguinidad, ni tendrá que ver con ella”*

Levítico XVIII, 6

Para el rigidísimo Antiguo Testamento, la mujer no cumplía más función que procrear y servir a los hijos del “pueblo elegido” y, por lo tanto, debía entregarse a la familia y al servicio del varón de turno.

La obsesión del clero por la reglamentación de las costumbres sexuales del populacho les obligó a tener que ofrecer “alternativas” que compensaran tanto desmán biológico... poniendo a disposición del inculto y amedrentado feligrés todo un repertorio de respuestas expiatorias políticamente correctas: sangrientas flagelaciones, interminables rezos, promesas/torturas en las procesiones, cinturones de castidad, etc.

El final del Imperio romano se convertía, así, en la antesala de la oscura e integrista Edad Media donde el



fanatismo religioso y la irracionalidad campó a sus anchas hasta la aparición del método científico aportado por la cultura italiana (con el bendito Renacimiento).

En cualquier caso todavía el renqueante e idolatrado Imperio aguantó algo, extenuado y ya catolizado, hasta la invasión de Roma por el bárbaro **Alarico**. Sus últimos emperadores fueron:

- **Valentiniano III**, el único exponente de las dinastías imperiales romanas y muerto por los poderosos latifundistas.
- **Petronio Máximo**, rico senador colocado por los terratenientes.
- **Avito**, aristócrata galo-romano.
- **Mayoriano**, se lo ventilaron estando de prácticas
- **Libio Severo**,
- **Antemio**,
- **Glicerio**,
- **Julio Nepo** y
- **Rómulo**, quien liquida por reformas el Imperio romano en 475.



## ANEXO VI

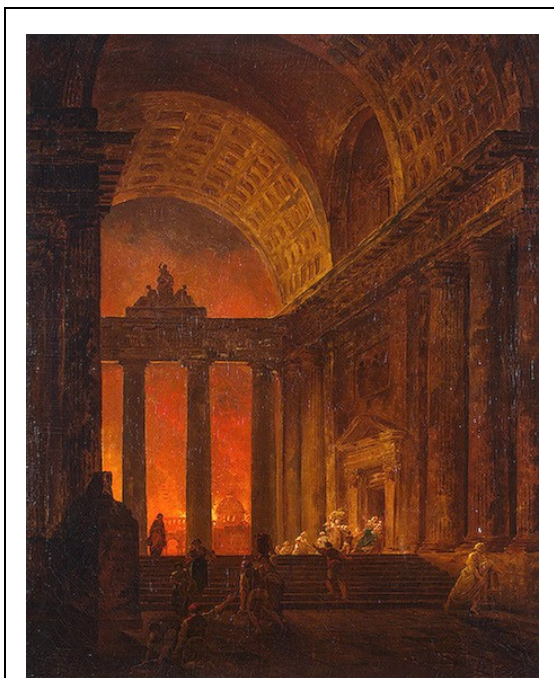


Ilustración 20. Una de las grandes mentiras de la Historia mantenida por los católicos contra el "malvado" Nerón. (*Incendio de Roma*, Hubert Robert, 1787).

No hemos de negar cierta impotencia ante las lecturas que, en nombre de una religión, se ha hecho de nuestra Historia alterando su realidad hasta límites todavía desconocidos.

Uno de los personajes más "maquillados" es, sin duda y por motivos evidentes, la figura de **Jesús de Nazaret** a quien se sintieron en la

obligación de presentarlo tras su muerte (una muerte, por otro lado, muy típica y habitual entre los malhechores de su época) como un individuo revolucionario pero sumiso a un poder ajeno a la

voluntad de las gentes, para evitar así futuros imitadores una vez el nuevo poder acabara controlando el cotarro.

Pero **Jesús** fue un tío agresivo en ocasiones frente a unos apóstoles que no le entendían, irónico ante el poder y la riqueza (baste recordar la entrada que hizo en Jerusalén montado en un borrico y aclamado por hojas de palmera secas), humilde hasta lo ridículo (se dedica a lavar los *pieses* en señal de entrega la otro) y, a buen seguro, muy poco dado a realizar esos milagros que luego la masa popular necesitada de líderes le colocó.

En cualquier caso **Jesús** es consciente de que en el mundo en que vive hay que plantear una batalla de forma radical y sin contemplaciones. Para ello se alía con uno de los miles de visionarios que había por aquél entonces (**Juan Bautista**) hasta que unas aseveraciones un tanto burras de este último contra **Herodes** le acaban encarcelando y decapitando.

A partir de ahí a este joven revolucionario se le va la olla y empieza a proclamar su modelo político: libertad para los esclavos, condonación de las deudas, recuperación del capital hipotecado a las parcelas de tierra...

Es evidente que el poder iba a tardar poco en intentar acallar semejantes ideas. Máxime si tenemos en cuenta que, encima, **Jesús** se dedicó a ir por ahí con los “pecadores”, prostitutas y

bribones publicanos en un intento por levantar a la masa contra el Imperio romano.<sup>112</sup>

Los intelectuales y especialistas religiosos al servicio del Imperio pronto se “ofenden” de que un vulgar tío hable de Dios con esa falta de respeto y se dedican a correr por ahí el rumor de que “*había perdido totalmente la cabeza*” y “*frecuentaba malas compañías*”.

Al mismo tiempo **Herodes** decide tomar cartas en el asunto (Roma podría cabrearse) y **Jesús** se ve obligado, previo chivatazo de aquellas gentes que empezaban a seguirle, a largarse por patas al norte de Galilea dejando que el pueblo incremente su prestigio político/religioso en su ausencia.

Desde entonces su mensaje político se radicaliza: ahora ya no pretende la renovación del pueblo judío, encerrado en un nacionalismo de miras estrechas, sino la de toda la Humanidad.

A su vuelta decide actuar enérgicamente sin que ya nada pueda convencerle de lo contrario. Por ello obliga a sus asombrados y temerosos seguidores a renunciar a sus riquezas terrenales (“*debéis vender todos los bienes*”) y dejar atrás los afectos más queridos y terrenales (había que “*odiar la propia vida*”).<sup>113</sup>

Y despachado el asunto de qué doce amigotes iban a promulgar sus ideas por ahí cuando lo

---

<sup>112</sup> Se dedicaba a tomar la palabra en las sinagogas aprovechando que los sacerdotes estaban obligados a invitar a la gente a hablar frente a la muchedumbre.

<sup>113</sup> Mc 8,34; Lc 14,26

mataran en nombre de las leyes romanas, opta por meterse en la mismísima Jerusalén, dirigirse con paso firme al famoso Templo y largar de malas maneras del edificio a todos los representantes que había de los poderes político, religioso y financiero.

La provocación está servida y la respuesta no se hace esperar... a los pocos días se lo llevan detenido sin rechistar y sin que nadie le defienda.

El juicio, como todos los juicios, es una farsa donde se pone de manifiesto el temor a que nadie toque el “orden establecido” y deciden colgarlo (previa tortura, como está mandado) en un colina próxima a Jerusalén.

El que esta historia tan habitual (en los finales de cualquier civilización) se haya desvirtuado hasta los lamentables límites conocidos por un pueblo inculto necesitado de ídolos es algo de lo que acabarán pagando el pato las generaciones venideras.

Pero eso ya es cosa del capítulo siguiente.